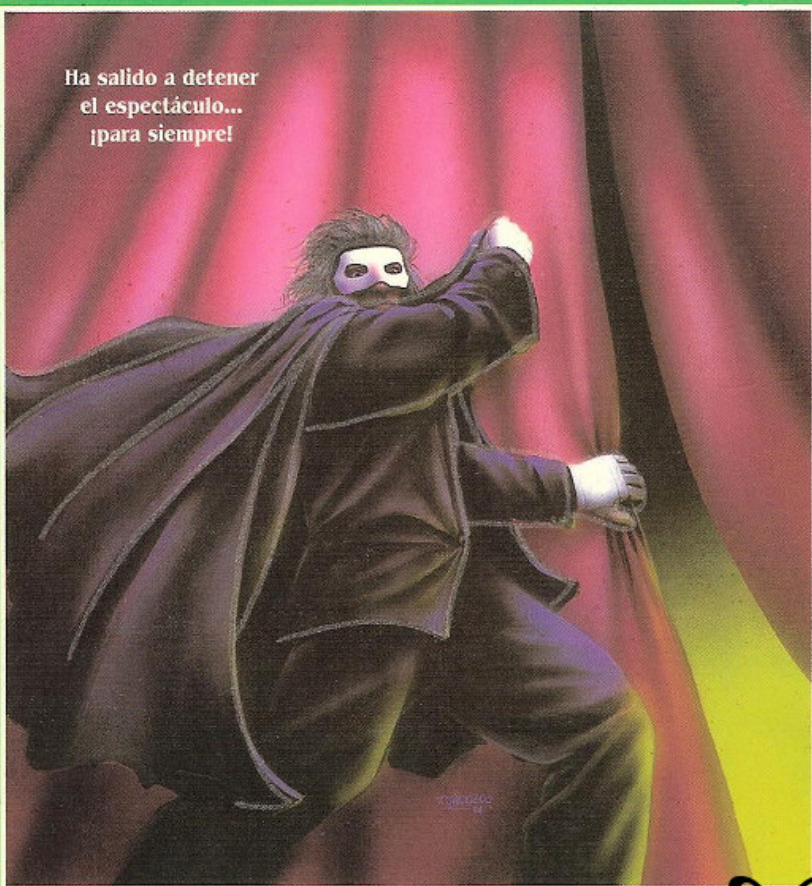


R. L. STINE

pesadillas

El fantasma del auditorio

Ha salido a detener
el espectáculo...
¡para siempre!



se

Zeke odia sus pecas y lleva un pijama con una rana, pero no le gusta que se sepa. Zeke va a ser protagonista de una obra de teatro en la que va a representar a un *fantasma*.

Tanto él como su mejor amiga Brooke Rogers se tomaban a broma lo que decía la profesora: que la obra estaba embrujada, pero la noche que vieron al fantasma fue la más espeluznante de sus vidas. Lo vieron con sus propios ojos, no es broma.

Brooke iba a recoger sus libros para llevárselos a casa cuando un puño salió disparado desde atrás, pasó junto a su oreja y fue a golpear con estrépito en la taquilla. Pero eso no iba a ser más que el comienzo de los problemas.



R. L. Stine

El fantasma del auditorio

Pesadillas - 34

ePub r1.0

javinintendero 12.08.13

Título original: #34: *Phantom of the auditorium*

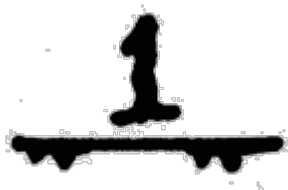
R. L. Stine, 1994

Traducción: Sonia Tapia

Editor digital: javinintendero

ePub base r1.0





Un misterioso fantasma tenía embrujado el colegio. Nadie lo había visto. Nadie sabía dónde vivía. Pero llevaba más de setenta años rondando la escuela.

Lo encontramos Zeke, mi mejor amigo, y yo, cuando representábamos una obra sobre un fantasma.

Nuestra profesora nos dijo que la obra estaba maldita, pero no la creímos; nos lo tomamos a broma. Claro, que cuando vi al fantasma con mis propios ojos supe que de broma, nada.

Era cierto, completamente cierto.

¡La noche que vimos al fantasma fue la más espeluznante de nuestras vidas!

Pero debería empezar por el principio.

Me llamo Brooke Rodgers y estudio sexto en el colegio de Woods Mill. Zeke Matthews es mi mejor amigo. A muchas niñas les parece raro que mi mejor amigo sea un chico, pero a mi me da igual.

Zeke es mas guay y mas divertido que cualquier niña. Y además le pirran las películas de terror, como a mí.

Zeke y yo somos amigos desde hace nueve años. Lo sabemos todo el uno del otro. Por ejemplo, yo sé que Zeke todavía lleva un pijama con la rana Gustavo. No le gusta nada que lo vaya contando. Se pone mas colorado que un tomate y las pecas se le acentúan todavía más.

Zeke odia sus pecas casi tanto como yo odio mis gafas. La verdad es que no sé por qué se obsesiona de esa manera por unas cuantas pecas. Al fin y al cabo, apenas se le notan, y en verano,

cuando está moreno, le desaparecen totalmente.

En cambio las gafas... Ojalá desaparecieran.

Con ellas tengo pinta de tonta, pero si no las llevo me doy de narices contra las paredes.

Algunas niñas del colegio dicen que Zeke es muy guapo. Yo ni me lo planteo, supongo que porque lo conozco de toda la vida, desde que nuestras madres coincidieron en el equipo de bolos y descubrieron que vivían en la misma calle.

Todo el jaleo del fantasma empezó hace un par de semanas. Ese día, después de las clases, estaba yo intentando abrir mi taquilla. Me aparté el pelo de la cara y giré la rueda de la combinación. La maldita cerradura se atasca siempre y me pone negra.

Después de probar cuatro veces la combinación, se abrió por fin. Tiré dentro los libros y cerré de un portazo. No tenía intención de llevarme los libros del cole a casa el fin de semana, ni hablar. A partir de ese mismo instante estaba de vacaciones. Dos días enteritos sin clase.

Genial.

Pero antes de que pudiera darme la vuelta siquiera, un puño que pasó disparado junto a mi oreja golpeó la taquilla con estrépito.

—¿Qué pasa, Brookie? —dijo una voz detrás de mí—. ¿No vas a hacer los deberes este fin de semana?

No tuve que girarme para saber quién era. Sólo hay una persona en todo el mundo que puede llamarme Brookie sin que peligre su integridad. Al darme la vuelta me encontré frente a Zeke, que sonreía como un lelo. El pelo rubio le caía sobre un ojo.

Lo lleva siempre muy largo por delante y muy corto —casi al rape— por detrás. Yo sonreí y le saqué la lengua.

—Muy responsable, Brookie —murmuró.

Yo me doblé los parpados para que se me quedaran del revés. Es un don que tengo. Sé que da mucha grima y todo el que me ve hacerlo grita de asco.

Zeke ni siquiera pestañeó. Me ha visto con los párpados del revés mas de mil veces.

—Nada de deberes —contesté—. Nada de libros. Nada de nada. Me tomo todo el fin de semana libre.

Luego se me ocurrió una gran idea.

—Oye, Zeke, ¿crees que Rich podrá llevarnos mañana a ver el festival de *La Criatura*?

Me moría por ver las tres películas de *La Criatura* que ponían en el Cineplex. ¡Una era en tres dimensiones!

Zeke y yo vamos siempre a ver películas de miedo para reírnos en las secuencias más espeluznantes. Tenemos los nervios de acero y jamás nos asustamos.

—No sé —me dijo Zeke, apartándose el pelo de la cara—. Rich está castigado. No puede coger el coche hasta dentro de una semana.

Rich es el hermano mayor de Zeke. Se pasa la vida castigado. Zeke se echó la mochila al otro hombro.

—Mas vale que renuncies al festival de *La Criatura*, Brooke. ¿No se te olvida algo? —Me miró con los ojos entornados—. Es algo gordo.

Yo arrugué la nariz. ¿Se me olvidaba algo? No se me ocurría qué.

—¿Qué? —pregunté por fin.

—Venga, Brookie. ¡Piensa!

La verdad es que no tenía ni idea de a qué se refería Zeke.

Me recogí el pelo en una coleta y me la até con la gomita que llevaba en la muñeca. Siempre llevo una goma en la muñeca; me gusta estar preparada: nunca se sabe cuándo va a hacer falta una goma elástica.

—No lo sé, Zeke, de verdad. ¿Por qué no me dices de qué se trata?

En ese mismo instante me vino a la cabeza.

—¡El reparto! —exclamé, dándome un golpe en la frente. ¿Cómo se me podía haber olvidado?

Zeke y yo llevábamos dos semanas interminables esperando la confirmación de si nos habían dado algún papel en la obra del colegio.

»¡Venga! ¡Vamos a verlo! —Lo cogí por la manga de la camisa de franela y lo llevé a rastras hasta el salón de actos.

Zeke y yo nos habíamos presentado para actuar en la obra. El año pasado interpretamos papeles cortos en el musical *Chicos y chicas*. La señorita Walker, nuestra profesora, nos dijo que la obra

de este año iba a ser de terror. A Zeke y a mí no nos hizo falta saber más. ¡Teníamos que participar en la obra!

Ante el tablón de anuncios se amontonaban todos los chicos intentando leer a la vez el reparto.

Yo estaba nerviosísima.

—¡No puedo mirar, Zeke! —exclamé—. Mira tú, ¿vale?

—Claro, no hay prob...

—¡Espera! Ya miro yo —grité, cambiando de opinión, cosa que suelo hacer a menudo.

Zeke dice que eso lo pone negro.

Respiré hondo y me abrí paso entre la multitud. Me mordí el pulgar, crucé los dedos de la mano derecha y consulté la lista. ¡Cuando leí lo que había escrito estuve a punto de arrancarme el dedo de un mordisco!

Al lado de la lista había una nota pegada:

Atención, Brooke Rodgers: Preséntate en el despacho del señor Levy. Estás temporalmente expulsada del colegio.

2

¿Expulsada? Me quedé sin aliento. ¿Habría descubierto el señor Levy que era yo la que había soltado el hámster en la sala de profesores?

Expulsada.

Se me había revuelto el estómago. A mis padres les iba a dar un ataque.

Entonces oí unas risitas. Me di la vuelta bruscamente y vi que Zeke se estaba muriendo de risa.

Me lo quedé mirando furiosa.

—¿Has puesto tú esa nota?

—¡Pues claro! —exclamó, riéndose todavía más.

Zeke tiene un sentido del humor pésimo.

—No me lo he tragado ni por un segundo —mentí.

Me volví hacia el tablero para leer el reparto.

Tuve que leerlo tres veces porque no me lo podía creer.

—¡Zeke! —grité por encima de las cabezas de los otros chicos—. ¡Tú y yo somos los protagonistas!

Zeke se quedó con la boca abierta. Luego me dedicó una mueca.

—Ya, seguro —murmuró, poniendo los ojos en blanco.

—¡De verdad! ¡Tenemos los papeles principales! ¡Ven a verlo tú mismo! ¡Tienes el papel del fantasma!

—¡Venga ya!

—Es verdad, Zeke —dijo una niña que estaba detrás de mí. Era Tina Powell, una de séptimo, que se abrió paso entre la multitud.

Siempre he tenido la impresión de que no le caigo muy bien a

Tina. No sé por qué. Apenas la conozco, pero me parece que cada vez que me mira frunce el ceño, como si yo tuviera un trozo de espinaca entre los dientes o algo así.

—¡A ver! —exclamó Zeke, abriéndose paso a empujones—. ¡Vaya! ¡Es verdad que soy el protagonista!

—Yo seré Esmerelda —leí—. ¿Quién será esa Esmerelda? Oye, a lo mejor es la vieja madrastra loca del fantasma, o la esposa sin cabeza que vuelve de entre los muertos para...

—No te esfuerces, Brooke —dijo Tina, mirándome ceñuda—. Esmerelda, es simplemente la hija de un tipo que tiene un teatro. —Lo dijo como si el papel de Esmerelda fuera una tontería de nada.

—¿Y tú qué papel vas a interpretar, Tina? —le pregunté.

Ella se agitó, incómoda. Algunos chicos se volvieron para ver qué contestaba.

—Seré tu suplente —murmuró, mirando al suelo—. De modo que si te pones mala o algo así y no puedes actuar en la función, yo haré de Esmerelda. ¡Y además estoy a cargo de toda la escenografía! —se jactó.

Me dieron ganas de decir algo bastante desagradable para poner a la sabionda de Tina en su lugar delante de todo el mundo, pero no se me ocurrió nada.

La verdad es que no soy una persona desagradable; me resulta muy difícil pensar cosas desagradables que decir, por más que quiera hacerlo.

De modo que decidí ignorarla. Estaba tan emocionada con lo de la obra que me daba igual lo que dijera Tina. Me puse la chaqueta de algodón y me eché la mochila al hombro.

—Vamos, fantasma —le dije a Zeke—. ¡Vamos a aterrorizar al vecindario!

El lunes por la mañana empezamos a ensayar la obra. La directora era la señorita Walker, mi profesora. Estaba en el escenario de la sala de actos, vestida con un jersey amarillo y mirándonos a todos con un montón de guiones en las manos.

La señorita Walker tiene el pelo rojizo y rizado, unos ojos verdes muy bonitos, y está más flaca que un palillo.

Pero es muy buena profesora, aunque un poco estricta.

Zeke y yo nos sentamos en la tercera fila. Miré a los otros chicos. Todos estaban hablando y parecían agitadísimos.

—¿Tú sabes de qué va la obra? —me preguntó Corey Sklar. Iba a ser mi padre. Bueno, quiero decir el padre de Esmerelda.

Corey tiene el pelo castaño como yo, y también lleva gafas. Tal vez por eso nos habian emparentado en la obra.

—Ni idea —contesté, encogiéndome de hombros—. Nadie sabe de qué Va. Pero creo que es de miedo.

—¡Yo sé de qué trata! —anunció en voz alta Tina Powell.

Me di la vuelta en mi asiento.

—¿Y cómo lo sabes? —pregunté—. La señorita Walker no ha repartido todavía los guiones.

—Mi bisabuelo —contesto Tina muy ufana—, estudiaba en el colegio de Woods Mill hace mucho tiempo y me habló de *El fantasma*.

Quise decirle que a nadie le importaban las historias de su bisabuelo, pero ella añadió:

—¡También me contó lo de la maldición de la obra!

Con eso nos cerró la boca a todos, incluso a mí. Hasta la señorita Walker presto atención. Zeke me dio un codazo, con los ojos muy abiertos. —¿Una maldición? —me susurró encantado—. ¡Genial!

Yo asentí con la cabeza.

—Sí, genial.

—Mi bisabuelo me contó una historia terrible sobre esta obra —prosiguió Tina—. Y me dijo que había un fantasma en el colegio. Un fantasma de verdad que...

—¡Tina! —la interrumpió la señorita Walker; avanzó hasta el borde del escenario y la miró enfadada—. Me parece que no es el momento de contar esa historia.

—¿Eh? ¿Por qué no? —exclamé yo.

—Sí, ¿por qué no? —repitió Zeke.

—No me parece un buen momento para oír historias de miedo que pueden no ser ciertas —contestó muy seria la señorita Walker—. Hoy voy a pasaros los guiones y...

—¿Conoce usted la historia? —le preguntó Tina.

—Sí, la he oído —le contestó la profesora—, pero preferiría que no contaras nada, Tina. Es una historia espantosa, una historia

horrible, y no creo que...

—¡Que la cuenta! ¡Que la cuenta! ¡Que la cuenta! —se puso a canturrear Zeke.

Al instante, todos nos volvimos hacia la profesora y repetimos en voz alta:

—¡Que la cuenta! ¡Que la cuenta! ¡Que la cuenta!

¿Por qué no quería la señorita Walker que nos enterásemos de la historia?, me pregunté. ¿Tan terrible era?

3

—¡Que la cuente! ¡Que la cuente! ¡Que la cuente! —decíamos todos.

La señorita Walker levantó las manos para pedir silencio, pero sólo conseguí que nos pusiéramos a patear el suelo al tiempo que entonábamos:

—¡Que la cuente! ¡Que la cuente! ¡Que la cuente! —seguíamos.

—¡Muy bien! —exclamó finalmente—. Muy bien, os contaré la historia. Pero no olvidéis que no es más que una historia. No quiero que os asustéis.

—¡Usted no puede asustarnos! —gritó Zeke.

Todos se echaron a reir, pero yo me quedé mirando a la profesora. Se le notaba que realmente no quería contarnos la historia. La señorita Walker siempre decía que podíamos hablar con ella de cualquier cosa. Empecé a preguntarme por qué no quería hablar del fantasma.

—La historia empieza hace setenta y dos años —comenzó—, el año en que se construyó el colegio de Woods Mill. Me imaginé que el bisabuelo de Tina estudió aquí ese año.

—Sí —dijo Tina—. Estuvo en la primera clase que se dio en este colegio. Me contó que en todo el cole eran sólo veinticinco niños.

La señorita Walker se cruzó de brazos y prosiguió con su historia.

—Los estudiantes querían montar una función. Un chico estuvo rebuscando en el sótano de la biblioteca de Woods Mill y encontró allí una obra titulada *El fantasma*.

»Era una obra terrible sobre un misterioso fantasma que secuestra a una niña. El chico se la enseñó a su profesora, que decidió que sería divertido representarla. Iba a ser una gran producción, con los mejores efectos especiales que pudieran crear para obtener una atmósfera de terror.

Zeke y yo nos miramos muy excitados. ¡La obra tenía efectos especiales! ¡Nos encantaban los efectos especiales!

—Empezaron los ensayos de *El fantasma* —dijo la señorita Walker—. El chico que había descubierto la obra en la biblioteca iba a interpretar el papel protagonista.

Todo el mundo se volvió a mirar a Zeke. Él sonrió muy orgulloso, como si tuviera algo que ver con la historia.

—Ensayaban cada día, después de las clases —prosiguió la profesora—. La verdad es que se lo pasaban estupendamente. Todos se esforzaban mucho para que saliera una buena función. Y todo iba bien hasta que... hasta que...

La señorita Walker vaciló.

—¡Siga! —grité yo.

—Que siga, que siga —comenzaron a entonar algunos niños.

—Sobre todo no olvidéis que esto no es más que una historia —repitió la señorita Walker—. No existen pruebas de que haya sucedido realmente.

Todos asentimos con la cabeza. La profesora carraspeó antes de proseguir.

—La noche de la representación, todos los niños iban disfrazados. La sala de actos, esta misma —señaló—, estaba abarrotada de padres y amigos. Los chicos estaban muy nerviosos y muy emocionados.

»Su profesora los reunió para darles animo. La función estaba a punto de empezar, pero para sorpresa de todos, no encontraban por ninguna parte al niño que tenía que hacer de fantasma.

La señorita Walker se puso a recorrer de parte a parte el escenario.

—Lo llamaron a gritos, lo buscaron entre bastidores, pero no hubo forma de encontrar al fantasma, la estrella de la función. Se separaron y miraron por todas partes; pero nada, el chico había desaparecido.

»Lo estuvieron buscando durante una hora —prosiguió la profesora—. Todos estaban asustadísimos y muy preocupados, sobre todo los padres del chico. Por último la profesora salió al escenario para anunciar que la obra no podía representarse.

Antes de que pudiera decir nada, sin embargo, un grito espantoso resonó en la sala.

La señorita Walker dejó de pasear.

—Fue un grito horrible. La gente dice que parecía un aullido animal. La profesora echó a correr hacia el sonido, llamando al chico desaparecido.

Pero todo volvía a estar en silencio. No se oyó ningún otro grito.

»Volvieron a registrar todo el colegio, pero nunca encontraron al chico.

La señorita Walker tragó saliva. Todos nos habíamos quedado tan quietos que ni siquiera respirábamos.

—Nunca se le volvió a ver —repitió—. Supongo que se podría decir que el fantasma se convirtió en un fantasma de verdad. Desapareció así, sin más. Y la obra no llegó a representarse nunca.

La señorita Walker se nos quedó mirando, uno a uno.

—Qué raro —murmuró alguien detrás de mí.

—¿Tu crees que es verdad? —oí que susurraba un niño.

En ese instante, Corey Sklar lanzó un grito.

—¡Ahí! —chilló, señalando la puerta lateral—. ¡Ahí está! ¡Es el fantasma!

Todos nos dimos la vuelta y vimos el rostro horripilante del fantasma, que nos sonreía desde la entrada.

4

Muchos se pusieron a gritar. Yo creo que hasta Tina gritó. El fantasma retorció el rostro en una sonrisa espantosa. Tenía el pelo de un rojo vivo, todo de punta, y un ojo salido de la cuenca. Una profunda cicatriz cerrada con puntos negros le recorría todo un lado de la cara.

—¡BUUU! —ululó el fantasma, irrumpiendo en el pasillo.

Hubo más gritos. Yo me eché a reír. Sabía que era Zeke. Ya le había visto con aquella máscara.

—¡Zeke, venga ya! —exclamé.

Cuando se quitó la máscara tirando del pelo, tenía toda la cara congestionada. Nos sonrió, seguro de que había sido una broma genial. Todo el mundo se reía. Un chico le tiró un cartón de leche vacío, otro intentó ponerle la zancadilla en el pasillo.

—Muy gracioso, Zeke —dijo la señorita Walker, poniendo los ojos en blanco—. ¡Espero que no tengamos más visitas del fantasma!

Zeke se dejó caer en su asiento, a mi lado.

—¿Por qué les has dado ese susto? —le pregunté en un susurro.

—Porque me apetecía —sonrió él.

—Así que nosotros seremos los primeros en representar esta obra, ¿no? —preguntó Corey.

La señorita Walker asintió.

—Sí. Después de que el chico desapareciera, hace setenta y dos años, el colegio decidió destruir todos los guiones y la escenografía.

Pero se conservó un ejemplar de la obra, que ha estado todos estos años guardado bajo Have en el sótano del colegio. Ahora nosotros representaremos *El fantasma* por primera vez.

Todos se pusieron a hablar muy nerviosos. La señorita Walker tardó un rato en calmarnos.

—Escuchad —dijo, con las manos apoyadas en la minúscula cintura—. Lo que os he contado no es más que una historia, una vieja leyenda del colegio. Seguro que el bisabuelo de Tina coincidirá también en que no es cierta. Solo os la he contado para crear una atmósfera de miedo.

—¿Y qué pasa con la maldición? —grité—. Tina dijo que había una maldición.

—Sí —terció Tina—. Mi bisabuelo decía que esta obra estaba maldita. El fantasma no permitirá que nadie la represente. Y mi abuelo dice que el fantasma sigue aquí, en el colegio, que lo tiene encantado desde hace mas de setenta años, aunque nadie lo haya visto.

—¡Genial! —exclamó Zeke, con los ojos brillantes.

Algunos chicos se echaron a reír, otros parecían un poco incómodos, como asustados.

—Ya os he dicho que no es más que una leyenda —aseguró la señorita Walker—. Ahora vamos a ponernos manos a la obra, ¿de acuerdo? ¿Quién quiere ayudarme a repartir los guiones? He hecho una copia para cada uno. Quiero que os los llevéis a casa y empecéis a estudiaros vuestro papel.

Zeke y yo casi tropezamos en nuestras prisas por subir al escenario a ayudar a la profesora. La señorita Walker nos dio a cada uno un montón de guiones, luego volvimos a bajar y nos pusimos a repartirlos. Cuando me acerqué a Corey, él retiró la mano.

—¿Y-y si la maldición es cierta? —le preguntó a la señorita Walker.

—Corey, por favor, ya está bien de hablar del fantasma y de la maldición. Tenemos mucho trabajo y...

No terminó la frase, sino que soltó un grito.

Yo me volví hacia el escenario, hacia donde estaba la profesora hacía un instante.

Había desaparecido.

Se había desvanecido en el aire.

5

Los guiones se me cayeron de las manos. Eché a correr hacia el escenario mientras oía a los demás gritar de sorpresa.

—¡Ha desaparecido! —exclamó Corey.

—¡Pero eso es imposible! —chilló una niña.

Zeke y yo subimos juntos a la tarima.

—Señorita Walker, ¿dónde está usted? —llamé—. ¿Señorita Walker?

Silencio.

—Señorita Walker, ¿me oye? —dijo Zeke.

Entonces oí un grito apagado de socorro.

—¡Estoy aquí!

—¿Dónde?

—¡Aquí abajo!

¿Debajo del escenario? De ahí parecía provenir su voz.

—¡Ayudadme a subir! —nos pidió la profesora.

«¿Qué está pasando aquí? —me pregunté—. ¿Cómo es que se la oye y no se la ve por ningún sitio?»

Yo fui la primera en ver el enorme agujero cuadrado que había en el escenario. Zeke y los demás se arracimaron en torno a él; yo me acerqué al borde y miré hacia el fondo.

La señorita Walker me miraba también. Estaba en una pequeña plataforma cuadrada, unos dos metros por debajo del escenario.

—Tendréis que elevar la plataforma —nos dijo.

—¿Cómo? —preguntó Zeke.

—Tirad de esa palanca, allí, en el escenario —nos indicó la

profesora, señalando una pequeña palanca de madera situada a la derecha del escotillón.

—¡Ya la veo! —exclamó Zeke.

Tiró de la palanca. Oímos primero un chasquido, luego un traqueteo y luego como un gemido. La plataforma fue subiendo poco a poco. Por fin la señorita Walker salió de ella y nos sonrió a todos mientras se sacudía los pantalones azules por detrás.

—Había olvidado el escotillón —dijo—. Podría haberme roto una pierna; pero en fin, creo que estoy bien.

Todos nos reunimos a su alrededor. Zeke se puso a gatas para mirar por el hueco.

—Se me había olvidado mencionar lo mejor de esta obra —prosiguió la profesora—. Construyeron el escotillón para la primera producción de *El fantasma* y luego se olvidaron de él. Nunca se ha utilizado en ninguna función del colegio... ¡Hasta ahora!

Me quedé con la boca abierta. ¡Un escotillón! ¡Era genial!

La señorita Walker se agachó y tiré de Zeke para apartarlo del agujero.

—Ten cuidado, no te caigas —le advirtió—. Antes, yo misma he bajado la plataforma y se me ha olvidado que seguía baja.

Zeke se puso en pie. Se notaba que lo del escotillón le interesaba muchísimo.

—La primera vez que se iba a representar esta obra, el colegio mandó construir el escotillón para que el fantasma pudiera desaparecer o aparecer desde abajo. En aquella época resultaba de un efecto impresionante.

Miré a Zeke, que parecía a punto de reventar de tanta emoción.

—¿Y yo seré el único que lo utilice durante la función? —preguntó ansioso—. ¿Puedo probarlo ahora? ¡Por favor!

—Todavía no, Zeke —replicó con firmeza la señorita Walker—. Todavía tenemos que revisarlo conienzudamente por razones de seguridad. Y hasta que no haya pasado una inspección, no quiero ver a nadie cerca.

Zeke ya estaba otra vez de rodillas, mirando el agujero. La señorita Walker carraspeó con toda la intención.

—¿Esta claro, Zeke?

Zeke alzó la vista y suspiró.

—Sí, señorita Walker.

—Muy bien. Ahora volved a vuestros asientos. Me gustaría leer la obra una vez antes de marcharnos, para que os hagáis una idea de la historia y los personajes.

Todos nos sentamos. A mí me llamó la atención la expresión de Zeke. Ya le he visto poner esa cara otras veces. Tenía la frente arrugada con la ceja izquierda alzada. Era evidente que estaba muy concentrado tramando algo.

Tardamos más de una hora en leer toda la obra. ¡*El fantasma* era una historia verdaderamente terrorífica! Trataba de un hombre llamado Carlo que tiene un viejo teatro donde se representan obras y se dan conciertos. Carlo cree que el teatro está encantado.

Al final resulta que, efectivamente, un fantasma vive en el sótano. Tiene toda la cara quemada y va enmascarado para ocultar su aspecto monstruoso. Esmerelda, la hija de Carlo, se enamora sin embargo del fantasma y planea huir con él, pero su novio, Eric, lo descubre.

Eric, que está enamorado de Esmerelda, sigue al fantasma hasta su guarida secreta de un oscuro pasadizo situado muy por debajo del teatro. Tienen una pelea y Eric mata al fantasma. A Esmerelda se le rompe el corazón, sale huyendo y nunca se la vuelve a ver. Y el fantasma se convierte en fantasma de verdad y se queda en el teatro para siempre.

Dramático, dramático, ¿eh? Yo creo que todos disfrutarnos con la lectura. Era evidente que sería muy divertido representar la obra. Cuando me tocaba a mí leer el papel de Esmerelda intentaba imaginarme lo que sería ir disfrazada y decir esas mismas frases en el escenario. Una vez miré hacia atrás y vi que Tina leía el papel en silencio. Cuando vio que la observaba se detuvo y me miró ceñuda como hace siempre.

«Tina me tiene envidia —me dije—. Le encantaría ser Esmerelda.» Por un momento lo sentí por ella. La verdad es que no me cae muy bien, pero tampoco quería que me odiase porque yo tenía el papel que ella quería.

Claro que tampoco me quedó demasiado tiempo para pensar en ella. Tenía mucho texto que leer. Esmerelda salía continuamente a escena. Era un papel muy importante.

Cuando por fin terminamos la lectura, estallamos en vítores y aplausos.

—Muy bien, ahora todo el mundo a casa —dijo la señorita Walker—. Empezad a estudiar los papeles. Volveremos a reunirnos mañana.

Mientras me acercaba con los demás a la puerta, sentí que una mano tiraba de mí. Era Zeke, que estaba escondido detrás de una columna gruesa.

—¡Zeke! ¿Qué haces?

Él se llevó un dedo a los labios.

—Chist. —Le brillaban los ojos—. Espera a que se vayan todos —susurró.

Asomé la cabeza desde detrás de la columna. La señorita Walker apagó las luces, recogió sus papeles y salió del salón de actos.

—¿Para qué nos escondemos? —pregunté impaciente.

Zeke me sonrió.

—Vamos a probar el escotillón.

—¿Cómo?

—Venga, vamos a probarlo. Deprisa. Ahora que no hay nadie.

Yo eché un vistazo a la sala de actos. Estaba oscura y desierta.

—Venga, no seas gallina —me apremió Zeke, tirando de mí hacia el escenario—. Vamos a probarlo. ¿Qué nos puede pasar?

Yo me volví, algo insegura.

—Está bien.

Zeke tenía razón. ¿Qué nos podía pasar?

6

Zeke y yo subimos al escenario. Estaba más oscuro que antes y parecía hacer más frío. Nuestras zapatillas de deporte resonaban en los tablones, y cada ruido reverberaba en la sala.

—¡Este escotillón es genial! —exclamó Zeke—. Lástima que tú no lo vayas a utilizar en la obra.

Yo le di un empujón en broma, pero cuando iba a contestarle noté de pronto que me venía uno de mis ataques de estornudos. El polvoriento telón me debía de haber producido alergia.

La verdad es que tengo las peores alergias de toda la creación. Soy alérgica a absolutamente todo; lo que sea: el polvo, el polen, los perros, los gatos... incluso a algunos jerseys. Cuando me da un ataque de alergia, a veces llego a estornudar hasta catorce veces seguidas. Mi récord está en diecisiete.

A Zeke le gusta contar mis estornudos. Le hace una gracia tremenda. Se pone a dar palmadas en el suelo y grita: «¡Siete! ¡Ocho! ¡Nueve!» Un encanto. Después de estornudar diez veces seguidas, no estoy yo para muchas bromas, que digamos. Suelo estar hecha un desastre, con la nariz goteando y las gafas empañadas.

En fin, el caso es que nos acercamos de puntillas a la plataforma y Zeke se puso encima de ella.

—Mira bien por el suelo —dijo Zeke en voz baja—. Hay que encontrar la palanca que la hace funcionar.

Me puse a buscar en la oscuridad, intentando contener los estornudos, cosa nada fácil.

—¡Eh, aquí está! —exclamé de pronto.

Zeke miró nervioso hacia la sala.

—Chist. ¡Te pueden oír!

—Lo siento —susurré. Pero entonces me di cuenta de que no podía contenerme más. Se me habían llenado los ojos de lágrimas y me picaban muchísimo. ¡Tenía que estornudar! Me saqué un puñado de pañuelos de papel del bolsillo, me los llevé todos a la nariz y me puse a estornudar, aunque intentando hacer el menor ruido posible.

—¡Cuatro! ¡Cinco! —contaba Zeke.

Por suerte no fue un ataque de los gordos. Sólo llegué hasta siete. Me limpié la nariz y me metí los pañuelos sucios en el bolsillo. Era asqueroso, sí, pero es que no había ningún sitio donde tirarlos.

—Vale, Zeke. Allá vamos —dije.

Apreté la palanca y salté a la plataforma, junto a Zeke. Oímos el chasquido, luego el traqueteo y luego el gemido. Y la plataforma cuadrada comenzó a bajar. Zeke me cogió del brazo.

—¡Oye! ¡Esto tiembla! —exclamó.

—No tendrás miedo, ¿verdad? —le desafié yo.

—¡De eso nada!

El traqueteo era cada vez más fuerte. La plataforma se sacudía cada vez más a medida que bajábamos. Finalmente el escenario desapareció y quedamos rodeados de tinieblas. Yo esperaba que la tarima se detuviese justo debajo del escenario. Al caer la señorita Walker se había detenido ahí. Pero, para mi sorpresa, siguió bajando más y más.

—Oye, ¿qué pasa? —preguntó Zeke, cogiéndome del brazo.

—¿Hasta dónde llega esto? —dije yo.

—¡Aaah! —gritamos los dos a la vez.

La plataforma golpeó por fin el suelo con estruendo y ambos nos caímos. Yo me levanté rápidamente.

—¿Estás bien?

—Sí, creo que sí. —Era evidente que Zeke estaba asustado.

Al parecer estábamos en un túnel largo, oscuro y silencioso. No me gusta admitirlo, pero yo también estaba a punto de asustarme.

De pronto, un rumor débil turbó el silencio.

Noté que del pánico se me hacía un nudo en la garganta. ¿Qué era ese ruido? El sonido se repetía a ritmo regular; parecía una respiración.

El corazón me martilleaba en el pecho. ¡Sí! Era una respiración; era la respiración dificultosa de una criatura extraña. ¡Y la teníamos muy cerca! Estaba justo a mi lado.

¡Zeke!

—Zeke, ¿por qué respiras así? —pregunté, notando que el corazón volvía a su ritmo normal.

—¿Cómo respiro?

—Bah, es igual —murmuré. Zeke respiraba así de puro miedo. Los dos teníamos miedo, pero por nada del mundo lo íbamos a admitir.

Alzamos la vista hacia el techo de la sala de actos: un pequeño resplandor cuadrado muy a lo lejos; de hecho, parecía estar a miles de kilómetros de distancia.

Zeke se volvió hacia mí.

—¿Dónde estaremos?

—Pues a un kilómetro del escenario —contesté con un escalofrío.

—Déjate de bromas, Sherlock Holmes —replicó él.

—Pues si eres tan listo dímelo tú.

—No creo que sea el sótano —dijo Zeke pensativo—. Para mí que estamos mucho más abajo.

—Esto es un túnel o algo parecido —comenté procurando que no me temblara la voz—. ¿Quieres que vayamos a explorar?

Él tardó un buen rato en contestar.

—Está demasiado oscuro —contestó por fin.

La verdad es que yo tampoco tenía muchas ganas de exploraciones. Solo me estaba haciendo la valiente. Me gusta pasar un poco de miedo pero aquello ya era demasiado incluso para mí.

—Volveremos con linternas —comentó Zeke.

—Claro, con linternas. —¡Yo desde luego no pensaba volver!

Me puse a jugar con nerviosa con la goma elástica que llevaba en la muñeca mientras escudriñaba las tinieblas. Algo me preocupaba. Allí había algo raro.

—Zeke, ¿por qué habrá bajado la plataforma hasta aquí?

—Ni idea. Puede que así el fantasma llegue a su casa más deprisa después de hacer de las suyas por la sala de actos —bromeó él.

Le di un golpe en el brazo.

—Oye —dije— déjate de bromas con el fantasma, ¿quieres?

«Si de verdad hay un fantasma —pensé—, aquí es donde vive, seguro.»

—¡Vámonos de a aquí! —exclamó Zeke, mirando el cuadrado de luz por encima de nuestras cabezas—. Voy a llegar tarde a cenar.

—Sí, ya. —Me crucé de brazos—. Sólo una pregunta, señor sabelotodo.

—¿Qué pregunta? —dijo él, inseguro.

—¿Cómo vamos a subir?

Los dos nos quedamos pensando un rato. Al cabo de un minuto más o menos, Zeke se puso a gatas y empezó a pasar la mano por el suelo de la plataforma.

—Por aquí tiene que haber una palanca —dijo.

—No. La palanca está allí arriba —repliqué yo.

—¡Pues entonces tiene que haber un interruptor o un botón o algo! —exclamó él con una voz cada vez más estridente.

—¿Dónde? ¿Dónde puede estar? —A mí también se me notaba el miedo.

Nos pusimos los dos a buscar a tientas en la oscuridad algo que pudiéramos empujar o pulsar o girar, algo que elevara de nuevo la plataforma y nos llevara de vuelta a la sala de actos.

Pero al cabo de varios minutos de búsqueda desesperada me di por vencida.

—Estamos atrapados aquí abajo, Zeke —murmuré—. Estamos atrapados.

7

—Todo por tu culpa —susurré.

No sé por qué lo dije. Supongo que estaba tan asustada que no sabía ni lo que decía. Zeke soltó una risa forzada.

—Pues a mí me gusta estar aquí abajo —se jactó—. Me parece que me voy a quedar un ratito, para explorar un poco y esas cosas. —Intentaba hacerse el valiente, pero le salía un hilillo de voz. A mí desde luego no me engañaba.

—Zeke, ¿cómo se te ha ocurrido que bajáramos aquí? —exclamé.

—¡Tú también has querido bajar!

—¡No es verdad! La señorita Walker nos dijo que escotillón no era seguro. ¡Y ahora nos pasaremos aquí toda la noche! ¡Hasta puede que nos quedemos aquí para siempre!

—A no ser que se nos coman las ratas —bromeó Zeke.

—¡Estoy harta de tus chistes sin gracia! —salté. Estaba fuera de mí.

Le di un empujón con ambas manos y Zeke se cayó despatarrado al suelo.

Estaba todo tan oscuro que por un momento lo perdí de vista.

—¡Ay! —grité cuando me dio a su vez un empujón.

Le empujé yo de nuevo, y él a mí. Yo trastrabillé y al retroceder me di de espaldas contra una especie de interruptor.

Se oyó entonces un chasquido que me dio un susto de muerte.

—¡Brooke! ¡Vuelve, corre! —gritó Zeke.

Me subí de un salto a la plataforma justo cuando ésta empezaba

a subir. Ascendimos despacio pero suavemente. El cuadrado de luz se iba haciendo cada vez más grande y más claro sobre nuestras cabezas.

—¡Ah! —exclamé cuando la plataforma se detuvo de golpe.

—¡Bien hecho, Brookie! —dijo Zeke contentísimo, dándome una palmada en la espalda.

—No cantes victoria. —Todavía no habíamos llegado al escenario. La plataforma se había detenido a unos dos metros por debajo de él, justo donde antes se había caído la señorita Walker. Supuse que la única forma de hacerla subir del todo era accionando la palanca del escenario.

—Aúpame —me apremió Zeke, ansioso.

Yo entrelacé las manos para que él apoyara el pie.

—¡Espera! —gritó de pronto—. ¡Oye! ¿Y si el fantasma esta ahí arriba esperándonos? ¿Por qué no subes tú primero?

—Ja, ja. Muy gracioso —le contesté, poniendo los ojos en blanco—. Recuérdame que me ría más tarde.

—Vale, vale. Ya voy yo —murmuró.

Puso el pie entre mis manos, se agarró al borde del escenario y lo aupé. Zeke salió como pudo y desapareció de la vista. Esperé a que me echara una mano para subir yo, pero pasó un minuto largo.

—¿Zeke? —me salió un hilillo de voz.

Esperé un poco más, escuchando con atención. No se oía nada. ¿Dónde se habría metido?

—¡Zeke! ¿Dónde estás? —pregunté—. Venga, sube la plataforma o échame una mano. No puedo subir sola.

Pasó otro minuto que me pareció una hora. De pronto me di cuenta de lo que pasaba. ¡El muy imbécil quería darme un susto!

—¡Oye, ya está bien! —grité.

Ya estaba más que harta de Zeke Matthews.

—¡Zeke! —grité—. ¡Basta ya! ¡Súbeme!

Por fin aparecieron sus manos en el agujero.

—¡Ya era hora! —exclamé, enfadada.

Le cogí las manos y me subió al escenario. Me aparté el pelo de la cara mientras se me acostumbraban los ojos a la luz.

—¡No ha tenido ninguna gracia! ¿Cómo se te ocurre dejarme ahí abajo esperar...?

De pronto me quedé callada y tragué saliva.
No era Zeke el que me había sacado del escotillón.
Unos ojos furiosos y oscuros me miraban a la cara.



Tragué saliva. Un hombrecito extraño me miraba colérico. Llevaba unos pantalones grises anchos y un jersey también muy grande, de cuello alto. El pelo blanco y abundante le caía desgreñado sobre la frente, como una fregona. Tenía una profunda cicatriz amoratada en un lado de la cara, tan larga como la de la máscara de Zeke.

Se notaba que era viejo, aunque no era más alto que un niño, tal vez unos centímetros más que Zeke.

Me miró de reojo con sus extraños ojos grises y toda la cara arrugada en una horrible mueca.

«¡Parece un fantasma!», pensé de pronto, asustada.

—¿Qui-quién es usted?

—Emile, el conserje de noche —contestó el hombre con voz ronca.

—¿Dónde está mi amigo Zeke? —pregunté en tono chillón.

—Aquí estoy, Brooke —oí a Zeke detrás de mí. Me di la vuelta bruscamente. Mi amigo estaba al otro lado del escotillón, con las manos en los bolsillos y mordiéndose el labio.

—¡Zeke! ¿Qué está pasando aquí? ¿Por qué...?

—¡El colegio está cerrado! —gruñó el conserje. Tenía la voz más rasposa que el papel de lija—. ¿Qué hacéis aquí vosotros dos?

Zeke y yo nos miramos y él dio un paso adelante.

—Pues... esto... nos hemos quedado para ensayar.

—Sí —dije yo—. Hemos tenido ensayo.

El conserje seguía mirándome con suspicacia.

—¿Un ensayo? ¿Y dónde están los demás?

Vacilé. Aquel tipo me daba tanto miedo que me temblaban las piernas.

—Ya se han marchado —improvisé de pronto—, pero nosotros volvimos porque me había dejado la chaqueta.

Vi que Zeke asentía a espaldas de Emile, dandome ánimos.

—¿Cómo sabíais que el escotillón estaba aquí? —preguntó el conserje con su voz áspera.

Yo vacilé otra vez. «Qué raro que no lo haya visto antes por el colegio», pensé.

—Nos lo enseñó la señorita Walker, nuestra profesora —contestó Zeke. Se notaba que tenía tanto miedo como yo.

El hombre se me acercó, mirándome de reojo de tal forma que tenía todo un lado del rostro completamente fruncido.

—¿No sabéis lo peligroso que es? —susurró.

Se inclinó tanto sobre mí que sentí su aliento caliente en la cara. Me miraba fijamente con sus pálidos ojos grises.

—¿No sabéis lo peligroso que es? —repitió.

Zeke y yo hablamos por teléfono esa noche.

—Ese hombre no intentaba advertirnos —le dije a Zeke—, sino asustarnos.

—Pues a mí no me dio ningún miedo —se jactó él—. Siento que tú te asustaras, Brooke.

«Vaya —pensé—. Mira que llega a ser hipócrita a veces.»

—Si no estabas asustado, ¿cómo es que estuviste temblando hasta llegar a tu casa? —pregunté.

—No temblaba. Sólo hacía un poco de ejercicio —bromeó Zeke—, para tonificar los músculos de las piernas.

—Venga ya. Oye, ¿cómo es que no hemos visto antes a ese conserje?

—Porque no es un conserje. ¡Es el fantasma! —exclamó Zeke en un tono siniestro.

No me hizo ninguna gracia.

—Esto va en serio —le dije—. No es ninguna broma. Ese hombre intentaba asustarnos.

—Espero que no tengas pesadillas, Brookie —repuso Zeke, y se

echó a reír.

Yo le colgué.

El martes por la mañana acompañé al colegio a Jeremy, mi hermano pequeño. Por el camino hablamos de la obra.

Le conté toda la historia, pero sin mencionar lo del escotillón. La señorita Walker había dicho que era mejor mantenerlo en secreto hasta el día de la función.

—¿Da mucho miedo? —me preguntó Jeremy.

Tiene siete años y se asusta por nada. Una vez vimos juntos la película *Poltergeist* y se paso tres semanas despertándose gritando cada noche.

—Sí, bastante —contesté—. Pero no tanto como *Viernes 13*.

Jeremy pareció aliviado. La verdad es que no le gustan nada las cosas de miedo. ¡En Halloween se esconde siempre en su habitación! Desde luego nunca le invitaría a ver *Viernes 13*, porque tendría pesadillas hasta los quince años.

—En la función habrá una sorpresa —añadí—. Una sorpresa alucinante.

—¿Qué es? —preguntó.

Yo le revolví el pelo; lo tiene castaño, como yo.

—Si te lo dijera —contesté en plan gracioso— ya no sería una sorpresa, ¿no crees?

—¡Hablas como mamá! —protestó él.

¡Menudo insulto!

Lo dejé en su colegio y luego me fui al mío, que está al otro lado de la calle. Mientras iba por el pasillo pensaba en mi papel en la obra. Esmerelda tenía mucho texto y no sabía si me daría tiempo a memorizarlo todo. Tampoco sabía si volvería a tener miedo del escenario. El año anterior había pasado unos nervios horribles en Chicos y chicas, y eso que ni siquiera tenía que decir ninguna frase.

Entré en la clase, saludé a algunos compañeros, y cuando iba a sentarme a mi mesa me detuve de sopetón.

—¡Eh! —En mi sitio había un chico al que no había visto nunca.

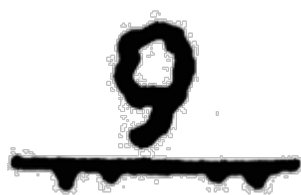
Era bastante guapo. Tenía el pelo castaño oscuro y los ojos verdes y luminosos. Llevaba una camisa ancha de franela roja y negra y unos pantalones de chándal negros. Se había instalado a sus

anchas eso sí. Había extendido ante él todos sus libros y cuadernos y estaba sentado con la silla inclinada hacia atrás y las zapatillas negras encima de la mesa.

—Ése es mi sitio —le dije.

Él me miro con aquellos ojos verdes.

—No —contestó como si nada—. Es el mío.



—¿Cómo dices? —pregunté.

Él se puso colorado.

—Me parece que la señorita Walker me ha dicho que me siente aquí. —Miró nervioso a su alrededor.

Yo vi que había un pupitre libre justo detrás del mío.

—Probablemente quería decir ahí —dije—. Yo llevo todo el curso sentada aquí, al lado de Zeke.

—Señalé la silla de Zeke. Mi amigo no estaba, Llegaba tarde, como siempre.

El chico se ruborizó todavía más.

—Lo siento —murmuró tímido—. Es horrible ser nuevo. — Comenzó a recoger sus libros.

—¿Es tu primer día? —le pregunté. Seguidamente me presenté.

—Me llamo Brian Colson —contestó él, levantándose—. Mi familia acaba de mudarse a Woods Mill. Somos de Indiana.

Yo le dije que nunca había estado en Indiana. No era un comentario muy interesante que digamos, pero era verdad.

—¿Tú eres Brooke Rodgers? Me han dicho que eres la protagonista de la función.

—¿Cómo te has enterado, si acabas de llegar? —pregunté.

—Unos chicos lo comentaban en el autobús. Debes ser muy buena actriz, ¿eh? —añadió tímidamente.

—Supongo. No lo sé. A veces me pongo muy nerviosa en el escenario.

No sé por qué se lo conté. La verdad es que a veces hablo sin ton

ni son, ya lo dicen mis padres.

Brian sonrió y suspiró.

—En mi colegio de Indiana yo participaba en las funciones —dijo—, pero nunca he tenido el papel protagonista. Ojalá hubiera venido antes. Me habría presentado para *El fantasma*.

Intenté imaginarme a Brian actuando en una función, pero no pude. No tenía pinta de actor. Parecía muy tímido, y no hacía más que ponerse colorado. De todas formas, decidí darle una oportunidad.

—Oye, ¿por qué no vienes esta tarde conmigo al ensayo? —sugerí—. A lo mejor te pueden dar algún papel secundario.

Brian sonrió como si acabara de ofrecerle un millón de dólares.

—¿Lo dices en serio? —preguntó, con los ojos muy abiertos.

—Pues claro.

En ese momento llegó Zeke, que ocupó disimuladamente su sitio sin apartar los ojos de la mesa de la señorita Walker.

—¿Llego tarde? —susurró.

Asentí con la cabeza, e iba a presentarle a Brian cuando la señorita Walker entró en el aula y cerró la puerta. Era hora de empezar las clases. Brian se apresuró a ir a su sitio y yo me senté en el mío.

Pero de pronto me di cuenta de que me había dejado el cuaderno de ciencias en la taquilla.

—¡Vengo ahora mismo! —le dije a la profesora.

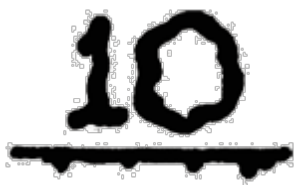
Salí disparada al pasillo y al doblar la esquina me llevé una sorpresa.

—¡Eh!

Mi taquilla estaba medio abierta. «Que raro», pensé. Recordaba perfectamente haberla cerrado.

La abrí del todo y, cuando me puse a buscar el cuaderno, me llevé un susto de muerte.

Allí dentro había alguien. ¡Y me estaba mirando!



Su feo rostro azul y verde me sonreía. Di otro respingo y me llevé la mano a la boca. Luego me eché a reír.

Zeke y su dichosa mascara de goma.

—Esta vez sí que me la has pegado, Zeke —murmuré.

Debajo de la máscara había un papelito doblado con un mensaje garabateado en rojo a bolígrafo:

ÉSTA ES MI CASA.

NO TE ACERQUES.

—Ja ja —murmuré—. Muy bueno, Zeke. Menuda gracia.

Saqué el cuaderno de ciencias, cerré de golpe la taquilla y eché la llave. Luego volví corriendo a clase.

La señorita Walker estaba en su mesa. Acababa de presentar a Brian y estaba leyendo el programa del día. Yo me senté junto a Zeke.

—No me he asustado para nada —mentí.

Él levantó la vista del cuaderno de matemáticas. Es lo primero que hace siempre cuando llega a clase: los deberes de mates.

—¿Eh? —Me miró con cara de inocente.

—Tu máscara —dije—. No me has asustado.

—¿Máscara? ¿Qué máscara? —me preguntó, dándome golpecitos en el brazo con la goma de borrar.

Lo aparté de un empujón.

—Deja de hacer el tonto. La notita tampoco tenía ninguna

gracia. Tú lo puedes hacer mejor.

—Yo no te he escrito ninguna nota, Brooke —protestó, impaciente—. No sé de qué me hablas, de verdad.

—Ya, seguro —dije, mirando al techo—. No sabes nada de la máscara que hay en mi taquilla ni de la nota, ¿no es eso?

—Calla y déjame terminar los deberes. —Volvió a ocuparse de su cuaderno—. No dices más que tonterías.

—¿Ah, sí? Bueno, pues entonces supongo que es cosa del auténtico fantasma.

Zeke no me hizo ni caso. Estaba escribiendo ecuaciones en el cuaderno. «¡Pero qué cara más dura! —pensé—. Ha sido él, y lo sabe. Seguro»

Después de clase fui con Brian al salón de actos. Prácticamente tuve que llevarlo a rastras al escenario, de lo tímido que era.

—Señorita Walker, ¿queda todavía algún papel en la obra? —pregunté—. A Brian le gustaría participar.

La profesora alzó la vista del guión que tenía en las manos. Vi que había escrito un montón de notas al margen. Se quedó un momento mirando a Brian.

—Lo siento mucho, Brian —dijo, moviendo la cabeza—. Creo que has llegado unos días tarde.

Brian se puso como un tomate. Nunca he visto a nadie sonrojarse tan a menudo.

—No quedan papeles con texto —prosiguió la señorita Walker—. Ya los he repartido todos.

—¿No hace falta ningún sustituto? —preguntó Brian—. Tengo muy buena memoria y podría estudiar más de un papel.

«¡Vaya! —pensé—. Pues sí que tiene ganas de participar en la obra.»

—Bueno, la verdad es que no nos hacen falta más sustitutos —dijo la señorita Walker—. Pero tengo una idea. Si quieres puedes unírte al grupo encargado de la escenografía.

—¡Genial! —exclamó Brian con auténtico entusiasmo.

—Ve a hablar con Tina; esta allí. —La señorita Walker señaló al grupo de chicos reunidos al fondo del escenario. Tina andaba muy ajetreada señalando dónde quería que se montara el decorado, gesticulando con ambas manos y haciendo que todos la siguieran de

un lado para otro.

Brian se fue corriendo hacia allá. Parecía encantado de la vida.

Yo me senté en el patio de butacas y me concentré en el guión. Salía prácticamente en cada escena. ¿Cómo iba a estudiarme todo el papel? Con un suspiro me arrellané en el asiento y puse los pies sobre la butaca de delante.

Estaba memorizando la tercera frase, que decía: «¿Qué pruebas tienes de que ese hombre puede ser peligroso?», cuando de pronto se apagaron todas las luces.

¡Fue un apagón total! No se veía ni torta. Todos se pusieron a gritar.

—¡Eh! ¿Quién ha apagado la luz?

—¡No veo nada!

—¿Qué pasa? ¡Que enciendan las luces!

Yo me incorporé de pronto al oír un chillido agudo.

Era un grito espantoso, una especie de aullido animal que hendió las tinieblas y retumbó en la sala.

—¡No! ¡Noooo! —oí que chillaba Corey Sklar.

Luego oí a alguien más decir:

—¡Viene de la tramoya!

Otro gemido agudo se impuso sobre los gritos de terror de mis compañeros.

—¡Encended la luz! —suplicó Corey—. ¡Por favor, encended la luz!

Otras voces preguntaban asustadas:

—¿Qué son esos gritos?

—¡Que alguien haga algo!

—¡Hay alguien en la tramoya!

En ese momento volvió la luz. Otro aullido prolongado me obligó a mirar el escenario.

Entonces lo vi. Era una criatura con una máscara verde y azul y una capa negra. Bajaba colgado de una cuerda de la tramoya. Mientras llegaba al escenario echó atrás la cabeza y soltó una carcajada malvada, espeluznante.

Me levanté de un brinco y me lo quedé mirando atónita.

¡El fantasma!

11

El fantasma aterrizó bruscamente. Sus pies golpearon el escenario: ¡pum!

Soltó la cuerda, que se alejó oscilando. El rostro verde y azul miró rápidamente a su alrededor.

Tina y su equipo se habían quedado petrificados contra la pared, en completo silencio, horrorizados, con la vista clavada en el fantasma. La señorita Walker parecía atónita. Permanecía firmemente cruzada de brazos.

El fantasma dio una zancada y la capa se agitó en torno a él. Entonces, mirándolo desde la segunda fila de butacas, me di cuenta de que era muy bajo, de la misma altura que Zeke, quizás unos centímetros más alto. O quizás exactamente de la misma altura... ¡Porque era Zeke!

—¡Zeke! ¡Eh, Zeke! —le llamé.

La horrible máscara miró hacia las butacas y el fantasma comenzó a hundirse. Primero desaparecieron sus pies, luego las perneras de los pantalones oscuros. Bajaba y bajaba cada vez más. Había pisado la palanca y descendía por el escotillón.

—¡Zeke! —grité. Eché a correr por el pasillo y subí al escenario —. ¡Zeke! ¡Esto no tiene ninguna gracia!

Pero el fantasma se había desvanecido debajo de las tablas.

Me acerqué al agujero y escudriñé las tinieblas.

La señorita Walker se me acercó por detrás con cara de enfado.

—¿Era Zeke? —me preguntó—. ¿Era de verdad Zeke?

—Pues... no lo sé —balbuceé—. Eso creo.

—¡Zeke! —le gritó por la abertura la señorita Walker—. Zeke... ¿Estás ahí?

Silencio.

La plataforma había llegado hasta abajo del todo. No se veía más que un pozo de oscuridad. Los chicos se arracimaron en torno al agujero, hablando nerviosos, riéndose y burlándose unos de otros.

—¿Era Zeke? —preguntó Corey—. ¿Era Zeke otra vez con su dichosa máscara?

—¿Es que Zeke piensa echar a perder el ensayo de hoy? —dijo furiosa la señorita Walker—. ¿Es que piensa que nos tiene que dar un susto cada tarde?

Yo me encogí de hombros sin contestar.

—A lo mejor no era Zeke —dijo Corey. Parecía muy asustado.

—Tenía que ser él. Zeke, ¿estás ahí? —gritó la señorita Walker, haciendo bocina con las manos. Luego se dio la vuelta despacio. Miró el escenario y el patio de butacas—. ¡Zeke Matthews! ¿Me oyes?

Silencio. No había rastro de él.

—Es amigo tuyo, Brooke —me dijo Tina con mala intención—. ¿No sabes tú dónde está? ¿No le puedes decir que deje de estropear la función?

Contesté de cualquier forma. Estaba tan furiosa que no sabía ni lo que decía. Es cierto que Zeke es mi amigo, ¡pero yo no soy responsable de él!

Tina sólo intentaba hacerme quedar mal para ganar puntos ante la señorita Walker.

—Muy bien, el grupo de escenografía que vuelva al trabajo —indicó la profesora—. Ya me encargaré yo de esto. Los demás...

De pronto se interrumpió. Todos habíamos oído un chasquido. Lo siguió un zumbido que fue en aumento.

—¡La plataforma sube otra vez! —exclamé yo.

—Bien. —La señorita Walker se cruzó de brazos y se quedó mirando el suelo con los ojos entornados—. Ahora le voy a decir a Zeke la gracia que nos ha hecho su bromita. ¡No nos gastará otra si puedo impedirlo!

«Huy —pensé—. Pobre Zeke.»

La señorita Walker era una buena profesora y una persona bastante agradable... menos cuando se ponía de malas. Cuando se enfadaba, cuando te miraba con los ojos entornados y los brazos cruzados... estaba claro que se te había caído el pelo.

Porque la señorita Walker también podía ser muy dura.

Yo sabía que Zeke sólo lo había hecho por divertirse un rato.

Le encantaba ser el centro de atención y le encantaba asustar a la gente. Sobre todo a mí.

Para él era un juego. Estaba intentando demostrar que todos eran unos cobardes, menos él. Zeke se pasaba la vida jugando a eso. Pero esta vez le había salido el tiro por la culata. Esta vez había ido demasiado lejos.

La señorita Walker le estaba esperando con los ojos entrecerrados y los brazos cruzados.

«¿Le echará de la función? —me pregunté—. ¿O se limitará a gritarle hasta que le duelan los oídos?»

El traqueteo era cada vez más fuerte. El suelo se estremecía. Todos oímos que la plataforma se detenía a un metro y medio del escenario, como siempre.

«Pobre Zeke —pensé—. Aparecerá inocentemente. No sabe en la que se ha metido.»

Pobre Zeke.

Me asomé al agujero... y me quedé sin aliento.

12

La plataforma estaba vacía. Allí no había nadie.

Zeke —o quienquiera que fuese— la había hecho subir vacía y luego había desaparecido por los oscuros túneles de debajo del colegio.

No podía ser Zeke, me dije. Ni siquiera Zeke estaba tan loco como para aventurarse solo en aquellas tinieblas sin linterna y sin saber lo que había por allí.

¿O sí? Sí, sí que era capaz. Si de verdad pensaba que podía darnos un buen susto, Zeke era capaz de cualquier cosa.

La señorita Walker suspendió el ensayo. El grupo de escenografía tenía que quedarse para pintar el telón de fondo. A los demás nos mandó a casa a estudiar nuestro papel.

—Tendré que hablar con Zeke largo y tendido cuando aparezca —masculló. Luego dio media vuelta y salió a toda prisa de la sala.

Yo me tomé mi tiempo para volver a casa. Me pasé todo el camino pensando en Zeke, tan concentrada iba que me pasé mi casa de largo. Al final de la manzana vi a la madre de Zeke enfilar el camino particular al volante de su Pontiac rojo. A su lado iba Zeke.

—¡Oye, Zeke! —grité, echando a correr por los jardines en su dirección—. ¡Zeke!

Su madre me saludó con la mano y entró en casa. Mi amigo me miró sorprendido.

—¿Tan pronto ha terminado el ensayo? —preguntó.

—Sí, gracias a ti.

—¿Cómo? —Me miró con su cara de inocente—. ¿Y yo qué he

hecho?

—A mí no me has asustado —le dije—. Y a nadie le ha hecho gracia. Además, ahora estás en un buen lío con la señorita Walker.

Él entornó los ojos y contrajo toda la cara, como si no entendiera nada.

—¿De qué estás hablando, Brooke? ¿Cómo he podido meterme en un lío? ¡Si ni siquiera estaba allí!

—Estuviste el tiempo suficiente.

Él movió la cabeza, y sus pecas parecieron oscurecerse. El pelo rubio se le agitaba con el viento.

—No —dijo tranquilamente—. Ya le dije a la señorita Walker que no iría al ensayo. Se lo he dicho esta misma mañana.

—Para poderte poner la capa y la máscara y bajar colgado desde la tramoya, ¿no? —le pregunté suspicaz.

—No. Tenía hora con el dentista.

Me lo quedé mirando totalmente atónita y con la boca abierta.

—¿Qué te pasa, Brooke? Era sólo una revisión.

—¿De-de verdad no has ido al colegio?

—Pues no.

—Entonces, ¿quién era el fantasma? —pregunté con un hilillo de voz.

Una extraña sonrisa acudió a su rostro.

—¡Eras tú! —exclamé furiosa—. Hiciste el numerito del fantasma y luego te fuiste al dentista.

¡Dime, Zeke! ¡Dímelo!

Él se limitó a echarse a reír.

Al día siguiente, después de clase, fui con Brian al salón de actos. Brian estaba muy guapo con su chaleco negro, la camiseta blanca y los tejanos gastados.

—¿Qué tal te va con Tina? —pregunté.

—Bien, más o menos —contestó él—. Es un poco mandona, pero me ha dejado diseñar el telón de fondo bastante a mi aire.

Saludé con la mano a unos chicos que salían del colegio. Al doblar la esquina, vi que Corey y Tina iban hacia la sala de actos.

—¿Ha solucionado Zeke las cosas con la señorita Walker? —preguntó Brian—. Estaban hablando esta mañana.

—Supongo que sí. De momento no le han echado de la función.

—¿Tú crees que fue Zeke el responsable del numerito de ayer?

Asentí con la cabeza.

—Sí. A Zeke le gusta asustar a la gente, desde que era pequeño. Yo creo que está intentando meternos miedo. Quiere que pensemos que hay un fantasma de verdad en el colegio. —Sonreí—. Pero yo no me asusto tan fácilmente.

Poco después de que comenzara el ensayo la señorita Walker nos llamó a Zeke y a mí al escenario para que repasáramos juntos una escena. Quería enseñarnos dónde teníamos que situarnos para decir nuestro texto. Lo llamaba «poner las marcas».

Pidió que subieran también Tina Powell y Robert Hernández, el sustituto de Zeke, para que supieran dónde estaban las marcas. Por si acaso.

«¿Por si acaso?», pensé. Luego recordé la advertencia de Tina: «Si te pones enferma o algo así la noche de la función, yo representará tu papel.»

—Muy bien, Tina —murmuré para mis adentros—. Siento desilusionarte, pero pienso estar perfectamente bien. Así que diviértete pintando tu escenografía, porque será el único momento en que pises el escenario.

Ya lo sé, ya sé que no era un pensamiento muy noble, pero es que Tina se lo merecía.

La señorita Walker le indicó a Zeke dónde tenía que ponerse. Yo me quedé al borde del escenario con Tina, esperando a que me dieran la entrada.

—Supongo que Zeke ya ha arreglado las cosas con la señorita Walker —dijo Tina—. Esta mañana le he oído decir que había ido al dentista y por tanto no podía ser él quien bajó colgado del techo.

Le dije a Tina que se callara para poder oír el pie. Pero ya era demasiado tarde. En ese momento la señorita Walker pronunció mi nombre.

—¡Brooke Rodgers! —exclamó muy enfadada—. ¿Qué está pasando ahí? ¡Tenías que estar ya en escena!

—Muchas gracias, Tina —murmuré yo entre dientes.

Eché a correr y al mirar atrás vi que Tina se reía. ¡Era increíble!

¡Me había hecho entrar a destiempo a propósito!

Una vez en el escenario, no sabía dónde tenía que colocarme; ni siquiera sabía en qué página del guión estábamos. ¿Cuál era mi siguiente frase? No me acordaba. Presa del pánico, miré a los chicos de las butacas. Todos tenían la vista clavada en mí, esperando a que hablase.

Abrí la boca, pero no me salió nada.

—La frase es: «¿Hay alguien ahí abajo?» —chilló Tina entre bambalinas.

«¡Vaya por Dios! —pensé tristemente—. ¡Tina haría cualquier cosa por ponerme en evidencia! Está deseando que la señorita Walker me eche de la obra.»

Estaba tan enfadada que la cabeza me daba vueltas; no podía pensar con claridad. Repetí la frase y respiré hondo para calmarme.

Ahora le tocaba a Zeke. Tenía que entrar en escena y asustar a Esmerelda. Pero Zeke no estaba en el escenario. ¡No se le veía por ninguna parte!

Miré hacia el patio de butacas. La señorita Walker estaba al pie del escenario, con los brazos en jarras y dando golpecitos de impaciencia con el pie en el suelo. Toda la sala estaba en silencio excepto por el tap, tap, tap, tap. La profesora parecía enfadadísima.

—¿Dónde está Zeke? —preguntó con tono cansado—. ¿Qué se le ha ocurrido ahora? ¿Va a bajar volando desde la tramoya disfrazado o algo así?

Yo podía haberme imaginado lo que tramaba Zeke pero la verdad es que no se me ocurrió hasta que oí un ruido familiar. El chasquido, seguido por el traqueteo.

¡La plataforma estaba subiendo!

Suspiré.

—Ahí viene Zeke —le dije a la señorita Walker.

Un segundo después aparecía la máscara verde y azul. Retrocedí un paso y lo vi surgir del suelo.

Era increíble, verdaderamente efectista.

Por fin llegó a la superficie y se quedó allí un buen rato, mirando el patio de butacas, como si estuviera posando para una foto. Iba totalmente disfrazado: la máscara, una capa negra hasta los tobillos, camisa y pantalones negros.

«¡Menudo actor de pacotilla! —pensé—. ¡Mira que le gusta darse aires y que todos se fijan en él!»

Entonces avanzó hacia mí con paso rápido y me miró. Yo intenté recordar qué tenía que decir, pero antes de que pudiera emitir ni un sonido, me cogió por los hombros y me los sacudió muy fuerte; demasiado.

«Calma, Zeke —pensé—. Que sólo es un ensayo.»

—¡Lárgate! —exclamó él en un susurro cargado de rabia.

Entonces me acordé de mi frase. Abrí la boca para hablar...

Y me quedé petrificada. Alguien me hacía señas desde el borde del escenario. Parecía frenético.

¡Era Zeke!

13

Sabia que estaba en un buen lío. Si Zeke estaba allí, ¿quién me sacudía los hombros y me hacía muecas debajo de aquella máscara espantosa?

—¡Socorro! ¡Que alguien me ayude! —grité, forcejeando para liberarme.

—¡No Brooke! —dijo la señorita Walker—. La frase es: «Socorro. Ayúdame, padre.»

No lo había entendido. ¿Es que no veía que era un fantasma de verdad el que intentaba matarme a sacudidas?

De pronto el fantasma bajó la cara y me susurró con voz ronca al oído:

—Lárgate. Esta es mi casa. No te acerques.

Lo miré a los ojos. Me resultaban familiares. ¿Quién era? Sabía que lo había visto en alguna parte. Pero antes de que pudiera recordar donde, se apartó bruscamente, bajó de un salto del escenario y echó a correr por el pasillo, con la capa ondeando a su espalda.

Me quedé horrorizada viéndole desaparecer por la puerta de la sala de actos. Algunos chicos se echaron a reír.

—¿Estaba eso en el guión? —oí que Tina le susurraba a alguien. Zeke se me acercó corriendo.

—Brookie, ¿estás bien?

—N-no lo sé —contesté. La verdad es que estaba hecha un flan.

—¡Qué raro es todo esto! —exclamó Zeke.

La señorita Walker se acercó rápidamente, con el tablón de notas

en la mano. Tenía cara de estar muy desconcertada.

—¿Me puede explicar alguien qué pasa aquí? —preguntó.

—Hay un fantasma auténtico en el colegio —dijo Zeke en voz baja, mirándome pensativo con los ojos entrecerrados.

Estábamos en la primera fila de butacas. Brian se rascó una mancha de pintura negra del dorso de la mano. Yo estaba sentada entre los dos. Las luces eran tenues. El ensayo había terminado hacía unos minutos y todavía se oían voces en el pasillo. La puerta acababa de cerrarse después de que saliera la señorita Walker.

—¿Por qué me miras así? —me preguntó Zeke.

—Todavía no sé si eres tú el responsable de todo —dije bruscamente.

Él miró al techo.

—Ya, seguro —murmuró—. ¿Cómo podía estar hoy en dos sitios a la vez, Brookie? Dímelo. La verdad es que es bastante complicado, incluso para alguien tan listo y brillante como yo.

Me eché a reír.

—Es posible.

—No me puedo quitar esta pintura —se quejó Brian—. Mirad. También me he manchado la camisa.

—¿No es pintura lavable? —pregunto Zeke.

—¿Cómo lo voy a saber? —contestó compungido Brian—. No he leído la etiqueta del bote. ¿Tú te entretienes en leer las etiquetas?

—Zeke sólo lee las de los paquetes de cereales —bromeé yo.

—¿Queréis dejar de hacer el tonto? —dijo Zeke con impaciencia—. Tenemos un fantasma de verdad en el colegio, y está intentando estropearnos la función.

Yo seguí mirando a Zeke, intentando averiguar si estaba diciendo la verdad.

—Esta mañana te he visto hablando con Andy Seltzer antes de clase —le dije—. Puedes haberlo planeado todo con él. Seguro que le has dado el disfraz a Andy y le has dicho lo que tenía que hacer. Andy y tú lo habéis planeado todo, ¿a qué sí?

Zeke se quedó con la boca abierta.

—¿Cómo? ¿Por qué iba a hacer una cosa así?

—Para asustarme —contesté—. Para asustarnos a todos. Para

que creyéramos que hay un fantasma de verdad. Y luego, cuando ya estuviéramos todos muertos de miedo, pensabas partirte de risa y decirnos: «¡Inocentes!», para que todos nos sintiéramos idiotas.

Una sonrisa asomó al rostro de Zeke.

—Ojalá se me hubiera ocurrido —murmuró—. Pero te lo digo en serio, Brooke.

»Ya sé que no me crees, pero yo no he planeado nada con Andy. Y no...

Tina bajó de un salto del escenario. Supuse que habría estado trabajando detrás del telón.

—¿Estás mejor, Brooke? —preguntó fríamente.

—¿Mejor? Estoy bien. ¿A qué te refieres?

—Parecías tan nerviosa en escena que pensé que no estabas bien —comentó ella con mala intención—. ¿No habrás cogido la gripe? Por lo visto hay una buena epidemia.

—Estoy bien.

—¿Es lavable esta pintura? —le preguntó Brian.

Tina se encogió de hombros.

—Ni idea. Inténtalo con trementina. —Tina sonrió—. Estas haciendo un buen trabajo con el telón de fondo. —Luego se volvió de nuevo hacia mí y su sonrisa se desvaneció—. Por lo menos alguien está haciendo un buen trabajo en esta obra.

Antes de que yo pudiera replicar, Tina se marchó a toda pastilla por el pasillo y salió de la sala.

—Está deseando que coja la gripe —le dije a Zeke—. ¡Mira que es retorcida!

Zeke no contestó. Estaba tan absorto pensando en el fantasma que creo que ni siquiera me oyó.

—Escucha, ¿no podría ser Tina la responsable de todo esto? —pregunté—. Quizá sólo quiere asustarme para poder ser ella Esmerelda.

—Eso es una bobada —contestó Zeke suavemente.

—Sí, supongo que sí.

Brian seguía intentando quitarse la pintura negra de la mano.

—Vámonos a casa —propuse—. Es muy tarde. Ya hablaremos luego del fantasma.

Me puse en pie y Zeke me miró ceñudo.

—Todavía no me crees, ¿verdad? —me acusó—. Todavía crees que todo esto es una especie de complot para asustarte.

—Puede que sí, puede que no —dije yo, pasando por delante de él para salir al pasillo. La verdad es que no sabía qué pensar.

Brian se levantó también y me siguió hasta la puerta. Yo me volví a mirar a Zeke, que seguía sentado.

—¿Vienes?

Zeke se levantó.

—Bueno.

Íbamos camino de las taquillas cuando Zeke se detuvo de pronto.

—¡Ah, se me olvidaba!

—¿El qué? —pregunté. Era casi la hora de cenar y me moría de ganas de llegar a casa. Mi madre seguramente estaría pensando que me había atropellado un autobús o algo así. Mi madre siempre se imagina que me va a atropellar un autobús. La verdad es que no sé por qué. Jamás he sabido de nadie atropellado por un autobús.

—El libro de mates —dijo Zeke—. Tengo que ir al despacho del señor Levy. El otro día me lo dejé en la sala de actos y quiero ver si alguien lo ha devuelto.

—Nos vemos luego —dijo Brian.

—¿Dónde vives? —le pregunté.

Él señaló en una dirección; al sur, creo.

—¡Hasta mañana! —se dio la vuelta y dobló una esquina.

Yo acompañe a Zeke al despacho del señor Levy. Todas las luces estaban encendidas, pero allí no había nadie más que Dot, la secretaria. Estaba apagando el ordenador para irse a su casa.

—¿Alguien ha devuelto mi libro de matemáticas? —preguntó Zeke, apoyándose en el mostrador.

—¿Un libro de matemáticas? —La secretaria le miró pensativa.

—Me lo dejé en la sala de actos el otro día. Pensé que a lo mejor Emile lo habría dejado aquí.

Dot puso cara de desconcierto.

—¿Quién? ¿Quién es Emile?

—Pues el conserje de noche. Un hombre bajito de pelo cano.

Dot negó con la cabeza.

—Me parece que te confundes, Zeke —dijo—. En el colegio no

trabaja ningún Emile. No tenemos conserje de noche.

14

Tina Powell me llamó por teléfono esa noche.

—Sólo quería saber cómo estás —dijo—. Se te veía muy pálida, Brooke.

—¡No tengo la gripe! —exclamé. La verdad es que perdí los estribos, pero no pude evitarlo.

—Ayer te oí estornudar mucho —insistió Tina, fingiendo preocupación.

—Siempre estornudo mucho. Adiós, Tina.

—¿Quién era ese otro fantasma que ha salido al escenario esta tarde? —me preguntó ella antes de que pudiera colgar.

—No lo sé. Oye...

—Ha sido bastante espeluznante —me interrumpió ella—. Espero que no pasaras mucho miedo, Brooke.

—Hasta mañana, Tina —me despedí fríamente.

Colgué el auricular antes de que pudiera decirme nada más. Tina era un auténtico incordio. «¿Hasta qué punto desea interpretar a Esmerelda? —me pregunté—. ¿Tanto desea el papel que está dispuesta a asustarme para que desista?»

Zeke me llamó más tarde y me convenció de que Emile tenía que ser el fantasma.

—Nos mintió, ¿no? —dijo Zeke muy excitado—. Nos dijo que trabajaba en el colegio e intentó asustarnos. Tiene que ser él.

—Sí, puede ser —contesté yo, retorciendo la gomita que llevaba en la muñeca.

—Es de la misma altura que el fantasma —prosiguió Zeke—. Y

conocía la existencia del escotillón. Además, ¿qué hacía allí, Brookie? ¿Por qué estaba en el salón de actos esa tarde?

—Porque es el fantasma, ¿no?

Sí, parecía lógico. Zeke y yo quedarnos en ir temprano al colegio al día siguiente para contarle a la señorita Walker lo de Emile.

Esa noche soñé con la obra. Estaba en escena, vestida para la ocasión. Todos los focos me iluminaban y yo miraba el patio de butacas, lleno de gente. El público guardaba silencio a la espera de que Esmerelda hablase. Abrí la boca... y no me acordaba del papel.

Me quedé mirando los rostros del público. Se me olvidado todo: cada palabra, cada frase.

Se me había ido el texto de la cabeza como un pájaro se va de su nido. El nido estaba vacío: tenía la mente en blanco. Me quedé allí, presa del pánico; no podía moverme, no podía hablar.

Me desperté bañada en sudor frío. Me temblaba todo el cuerpo y tenía los músculos agarrotados. Las mantas estaban por el suelo.

Qué pesadilla más espantosa.

Estaba deseando vestirme y largarme. Quería olvidar aquel sueño horrible lo antes posible. Sin embargo, como tenía que acompañar a Jeremy, no llegué al colegio tan pronto como pretendía.

Jeremy no dejó de preguntarme cosas acerca de la obra. Quería saber más sobre el fantasma, pero la verdad es que yo no tenía muchas ganas de hablar de eso. No podía olvidar mi sueño, el pánico que había sentido al estar delante de trescientas personas, el ridículo que había hecho.

Dejé a Jeremy en el colegio y crucé la calle a toda prisa. Zeke me estaba esperando en la puerta principal, mirando impaciente el reloj. No sé por qué, porque nunca marca la hora buena. Es uno de esos cacharros digitales con diecisiete controles distintos. Zeke no sabe ponerlo en hora. Lleva varios juegos incorporados y suenan un montón de canciones, pero es imposible que marque la hora.

—Siento llegar tarde —me disculpé.

Él me cogió del brazo y me metió en la clase. Ni siquiera me dejó coger mis libros de la taquilla ni quitarme el abrigo. Nos acercamos a la mesa de la Señorita Walker, que estaba consultando el programa del día. La profesora nos sonrió pero su sonrisa se

desvaneció rápidamente al vernos la cara tan seria.

—¿Pasa algo? —preguntó.

—¿Podemos hablar con usted? —susurró Zeke, mirando a los chicos que ya habían entrado en clase—. ¿En privado?

La señorita Walker echó un vistazo al reloj de la pared.

—¿No podéis esperar? El timbre está a punto de sonar.

—Sólo será un momento —dijo Zeke.

La señorita Walker salió con nosotros al pasillo y se apoyó contra la pared.

—¿Qué pasa?

—Hay un fantasma en el colegio —comenzó Zeke sin aliento.

—¡Vaya! —murmuró la señorita Walker, levantando las manos para hacernos callar.

—¡No! ¡De verdad! —insistí yo—. Lo hemos en la sala de actos. Nos metimos a escondidas para utilizar el escotillón y...

—¿Cómo dices? —exclamó ella, mirándonos con los ojos entrecerrados.

—Ya lo sé, ya lo sé —terció Zeke, sonrojándose—. No tendríamos que haberlo hecho, pero esa no es la cuestión.

—Hay un fantasma —dije yo—, y está intentando detener la función.

—Ya sé que usted cree que yo he sido el culpable de todo lo que ha pasado —añadió Zeke—. Pero no es así. Ha sido el fantasma. Él...

La señorita Walker volvió a levantar las manos e iba ya decir algo cuando sonó el timbre... justo encima de nuestras cabezas. Nos tapamos las orejas con las manos hasta que por fin cesó el estrépito.

La profesora se acercó entonces a la puerta de la clase. Dentro había un ruido de espanto. Todos los chicos estaban aprovechando su ausencia.

—Siento haberos asustado con esa historia —nos dijo.

—¿Cómo? —exclamamos a la vez Zeke y yo.

—No tendría que haberos contado lo del fantasma —insistió ella de mal humor—. Muchos estáis inquietos. Os pido perdón por asustaros.

—¡Pero si no es eso! —protestó Zeke—. Nosotros lo vimos y...

—¿Habéis tenido pesadillas con el fantasma? —preguntó la

señorita Walker.

No nos creía. Estaba claro que no se había creído ni una palabra.
—Escuche... —comencé.

Pero los tres dimos un brinco al oír un fuerte estrépito en el aula, seguido de una carcajada salvaje.

—Vamos dentro —dijo la profesora, señalando a Zeke—. Y ya está bien de bromas, ¿de acuerdo? No quiero ni una sola travesura más. Querrás que la obra salga bien, ¿no?

Antes de que pudiéramos responder, la señorita Walker dio media vuelta y entró precipitadamente en la sala.

—¿Qué estoy haciendo aquí? —gimió Brian. Se estremeció y alzó la vista hacia los árboles oscuros—. ¿Por qué hago esto?

—Has venido con nosotros porque eres un buen tipo —le dije yo, dándole unas palmaditas en el hombro.

—¡No, he venido porque soy idiota!

Todo había sido idea de Zeke. Vino a por mí después de cenar, y yo les dije a mis padres que teníamos que ensayar la obra. Una mentira.

Luego Zeke y yo fuimos hacia el colegio y nos encontramos con Brian en el camino donde había quedado en esperarnos.

—Es increíble que la señorita Walker no nos creyera —comentó Zeke, irritado.

—¿Tú te creerías una historia tan demencial? —pregunté.

—Bueno, pues vamos a descubrir al fantasma y demostraremos que teníamos razón —aseguró él—. No hay más remedio. Si la señorita Walker no nos ayuda, tendremos que encontrarlo por nuestra cuenta.

—Tú sólo quieres vivir una aventura —me burlé.

Zeke me miró a los ojos.

—Vaya, Brookie, si tienes miedo...

—¿Pero qué estoy haciendo yo aquí? —repitió Brian, mirando el oscuro edificio del colegio.

—Necesitamos toda la ayuda posible —le dije. Luego le di un empujón a Zeke—. Vamos, ya te enseñaré yo quién tiene miedo.

—Yo sí que tengo un poco de miedo —admitió Brian—. ¿Y si nos cogen?

—¿Quién nos va a coger? —pregunto Zeke—. Ya oíste lo que dijo Dot en el despacho. No hay ningún conserje de noche.

—¿Pero y si hay una alarma o algo? —insistió Brian—. Una alarma contra los ladrones, por ejemplo.

—Sí, ya —repliqué, poniendo los ojos en blanco—. ¡Pero si el colegio no puede ni comprar sacapuntas! ¿Cómo va a haber una alarma?

—Tendremos que entrar por la fuerza —dijo Zeke en voz baja, sin dejar de mirar la calle. Una camioneta pasó sin aminorar la velocidad. Zeke volvió a tirar de las puertas—. Están cerradas.

—¿No habrá alguna puerta lateral? —sugirió Brian.

Fuimos a hurtadillas hasta el costado del edificio. El patio estaba silencioso y desierto, y los cristales relumbraban plateados a la luz de la luna menguante.

La puerta lateral estaba cerrada, y la puerta trasera, que daba a la sala de la orquesta, también.

Miré hacia el tejado. El edificio se cernía sobre nosotros como una criatura de la oscuridad. Las ventanas reflejaban la pálida luz lunar, la única visible.

—¡Eh, hay una ventana abierta! —susurró Zeke.

Echamos a correr a toda velocidad hacia ella.

Era la del aula de la asignatura de hogar; seguro que la señora Lamston la había dejado abierta para que se disipara el tufo de los bollos que habíamos horneado por la tarde.

Zeke se agarró con las dos manos al repecho y se aupó; luego abrió del todo la ventana. Al cabo de un instante, Brian y yo entrábamos tras él en el aula de hogar. El olor de los bollos de arándano quemados flotaba en el aire. Nos acercamos de puntillas a la puerta.

—¡Ay! —grité. Me había dado un golpe contra una mesa.

—¡Silencio! —me reprendió Zeke.

—¡Oye, que no lo he hecho a propósito! —susurré, enfadada.

Zeke ya estaba en la puerta. Brian y yo le seguimos despacio y con cuidado. El pasillo estaba todavía más oscuro que la clase, así que fuimos avanzando hacia la sala de actos pegados a la pared.

El corazón me latía a mil por hora y me picaba todo. Mis zapatos resonaban en el suelo.

«No hay de qué tener miedo —me dije—; estás en el colegio, has estado aquí un millón de veces, y además no hay nadie: sólo tú, Zeke, Brian... y un fantasma. Un fantasma que no quiere que lo descubran.»

—Esto no me gusta nada —murmuró Brian al doblar una esquina—. La verdad es que tengo mucho miedo.

—Tú imagínate que estás en una película de terror —le dije—. Imagínate que no es más que una película.

—¡Pero es que a mí no me gustan las películas de miedo! —protestó.

—Chist —nos advirtió Zeke. Se detuvo tan bruscamente que me di contra él—. Mira que eres torpe, Brookie —susurró.

—Y tú imbécil —repuse yo. Escruté las tinieblas. Habíamos llegado al salón de actos.

Zeke abrió la puerta más cercana y nos asomamos. La oscuridad era total; el aire parecía más frío, y húmedo.

«Eso es porque aquí vive un fantasma», me dije. El corazón se me aceleró todavía más y deseó poder controlar un poco mejor mis pensamientos.

Zeke tanteó la pared hasta que por fin se encendió una hilera de luces sobre las butacas de la izquierda y apareció el escenario, vacío y silencioso. Alguien había dejado una escalera apoyada contra la pared; junto a ella había varios botes de pintura.

—¿Y si encendemos todas las luces? —sugirió Brian. Parecía asustado de verdad.

—Ni hablar —se opuso Zeke sin dejar de mirar el escenario—. Hay que pillar al fantasma por sorpresa. No le vamos a avisar de que estamos aquí.

Echamos a andar los tres muy juntos por el pasillo, hacia el escenario. Bajo aquella luz tenue, largas sombras fantasmagóricas caían sobre las butacas. ¿No se había movido una sombra cerca del escenario? No. «Ya esta bien, Brooke —me reprendí—. No dejes que te traicione la imaginación.»

Seguí mirando a un lado y a otro, observando el escenario y las filas de butacas. «¿Dónde estará? —me preguntaba—. ¿Dónde estará el fantasma? ¿Vivirá en aquella cámara oscura de debajo del escenario?»

Estábamos ya muy cerca cuando oímos el ruido. ¿Había sido un paso? ¿El crujido de algún tablón? Los tres nos paramos en seco. Yo me cogí del brazo de Zeke, y a Brian se le desorbitaron los ojos de miedo.

Luego oímos otro ruido. Una tos.

—¡N-no estamos solos! —exclamé.

15

—¿Qui-quién anda ahí? —pregunté yo, pero la voz se me atascó en la garganta.

—¿Hay alguien ahí? —dijo Zeke.

No hubo respuesta. Oímos otro paso y Brian retrocedió y se agarró al respaldo de una butaca.

—Está ahí detrás —dijo Zeke, inclinándose sobre mí muy agitado—. Sé que está ahí.

—¿Dónde? —conseguí preguntar. Era difícil hablar con el corazón en la garganta.

Escruté el escenario, pero no vi a nadie. Di un brinco al oír otros. Luego un chasquido resonó en la sala. Al principio lo atribuí a la plataforma.

¿La estaría utilizando alguien? ¿Estaba a punto el fantasma de aparecer ante nuestros ojos?

No. En ese momento empezó a desplegarse el telón de fondo y yo grité. Los chasquidos eran cada vez más fuertes; el telón de fondo bajaba lentamente.

—¿Quién es? —susurré—. ¿Quién demonios lo está bajando?

Zeke y Brian miraban fijamente, con la boca abierta y sin pestañear siquiera; Brian se aferró al respaldo con las dos manos. El telón de fondo siguió desplegándose ruidosamente... y los tres nos quedamos sin aliento al ver lo que habían hecho con él.

Brian y varios chicos llevaban días trabajando para pintar una pared gris, ladrillo a ladrillo, en el telón.

—¿Quién... quién ha hecho eso con mi obra? —exclamó Brian.

Zeke y yo nos lo quedamos mirando horrorizados.

La pared gris estaba cubierta de manchones y churretes de pintura roja, como si alguien hubiera embadurnado con una brocha grande todo el telón.

—¡Está hecho polvo! —chilló Brian.

Zeke fue el primero en reaccionar. Subió de un salto al escenario, y Brian y yo le seguimos.

—¿Quién está ahí? —preguntó Zeke, haciendo bocina con las manos—. ¿Quién anda ahí?

Silencio.

Yo sabía que allí había alguien: había bajado el telón para que viéramos su obra.

—¿Quién anda ahí? ¿Quién eres? —insistió Zeke.

Silencio de nuevo.

Nos acercamos despacio, los tres muy juntos; y entonces vimos las palabras. Estaban garabateadas en la parte inferior del telón, con gruesas letras rojas. Me detuve y leí el mensaje bajo la tenue luz:

ÉSTA ES MI CASA.

NO OS ACERQUÉIS.

—¡Madre mía! —murmuré; un escalofrío me recorrió la espalda.

En ese momento oí que se abría una puerta lateral. Los tres nos volvimos a tiempo de ver una silueta que entraba en el salón de actos. Al comprender quién era, dimos un grito.

16

Se nos quedó mirando con la boca abierta y parpadeó varias veces como si no creyera lo que veían sus ojos.

—Esto ya es el colmo —dijo por fin la señorita Walker.

Tragué saliva e intenté decir algo, pero no me salía la voz. Zeke y Brian estaban tan petrificados como yo.

—Me habéis decepcionado los tres —declaró la profesora, acercándose—. El allanamiento es un delito muy grave. Y vosotros no teníais...

De pronto se detuvo y lanzó una especie de gorgoteo al ver el telón de fondo. Le había sorprendido tanto vernos allí que ni siquiera se había fijado en él... hasta entonces.

—¡Oh, no! ¡Santo Dios! —exclamó, llevándose las manos a la cara. Se tambaleó de un lado a otro como si estuviera a punto de caerse—. ¿Cómo habéis podido? —dijo sin aliento. Echo a correr por el escenario sin apartar la vista del telón pintarrajeado—. ¿Cómo habéis podido estropearlo de esta manera? Los alumnos han estado trabajando en el muchos días ¿Cómo habéis podido hacer esto?

—No hemos sido nosotros —le contestó Zeke con calma.

—Es verdad —tercié yo.

La señorita Walker movió la cabeza.

—Me temo que os he sorprendido con las manos en la masa —dijo en voz baja, casi con tristeza.

Tenía lágrimas en los ojos.

—Señorita Walker, de verdad... —comencé yo.

Ella alzó la mano para hacerme callar.

—¿Tan importante era para vosotros gastar otra bromita? —preguntó con la voz trémula.

—Señorita Walker...

—¿Tan importante era que todos creyesen que hay un fantasma? ¿Tanto os importaba, que teníais que entrar por la fuerza en el colegio, cometiendo un delito grave, y luego destruir por completo la escenografía de nuestra obra? ¿Tan importante era la broma?

—De verdad que no hemos sido nosotros —insistí, también con la voz temblorosa.

La señorita Walker pasó un dedo por el telón del fondo. Cuando lo apartó, lo tenía manchado de rojo.

—La pintura todavía está fresca —dijo, mirándome con expresión acusadora—. Y aquí no hay nadie más ¿Me vas a estar mintiendo toda la noche? —preguntó.

—Si nos diera la oportunidad —comenzó Zeke.

—Y el que más me ha decepcionado eres tú, Brian —dijo la señorita Walker moviendo la cabeza y con el ceño fruncido—. Llegaste nuevo al colegio hace una semana y tu comportamiento tendría que ser modélico.

Brian bajó la vista como si fuera culpable y se puso como un tomate. Jamás he visto a nadie ponerse tan rojo. Yo respiré hondo.

—¡Señorita Walker, deje que se lo expliquemos! —chillé—. ¡De verdad que no hemos sido nosotros! ¡Nos lo encontramos así! ¡De verdad!

La profesora abrió la boca para decir algo, pero cambió de opinión.

—Muy bien. —Cruzó los brazos sobre el pecho flaco—. Adelante. Pero quiero la verdad.

—La verdad —levanté la mano derecha, como si estuviera pronunciando un juramento—. Brian, Zeke y yo nos metimos a hurtadillas en el colegio, eso es cierto. Pero no entramos por la fuerza, sino por una ventana abierta.

—¿Por qué? —preguntó la señorita Walker muy seria—. ¿Qué queríais hacer aquí? ¿Por qué no estáis en vuestra casa, que es donde deberíais estar?

—Vinimos a buscar al fantasma —contestó Zeke, apartándose el

pelo con una mano. Siempre hace eso cuando está muy tenso.

—Esta mañana le hemos hablado del fantasma, pero usted no nos ha creído.

—¡Estaría bueno! —exclamó la señorita Walker—. ¿Cómo os iba a creer? No es más que una leyenda. —Miró a Zeke con el ceño fruncido.

Mi amigo suspiró, impotente.

—Brooke y yo vimos al fantasma, señorita Walker; lo vimos, de verdad. Es él quien ha pintado el telón, no nosotros. Fue él quien se descolgó desde la tramoya y quien sacudió a Brooke en el ensayo.

—¿Y por qué iba a creerlos? —La señorita Walker seguía con los brazos cruzados.

—Porque es la verdad —insistí—. Zeke, Brian y yo hemos venido al salón de actos a buscar al fantasma.

—¿Y dónde lo ibais a buscar?

—Pues... —comenzó Zeke—. Probablemente debajo del escenario.

—¿Íbais a bajar por el escotillón? —preguntó la profesora.

Yo asentí con la cabeza.

—Tal vez. Si hacía falta...

—Pero yo os prohibí terminantemente que os acercarais a él.

—Ya lo sé —contesté—, y lo siento. Todos lo sentimos. Pero es que estábamos desesperados por descubrir al fantasma, por demostrarle a usted que es real, que no eran invenciones nuestras.

Ella nos seguía mirando con expresión severa.

—Todavía no he oído nada que me convenza —dijo.

—Cuando llegamos aquí oímos unos ruidos —prosiguió Zeke, cambiando el peso de un pie a otro—. Pasos, crujido de tablas. Así que supimos que había alguien.

—Y a continuación empezó a bajar el telón —terció Brian, con una vocecita temblorosa—. Nos quedamos aquí petrificados, señorita Walker, ésa es la verdad. Y cuando vimos lo que habían hecho con él, no... ¡no podíamos creerlo!

La expresión de la profesora se suavizó un poco. Brian parecía tan turbado que me parece que empezaba a creernos.

—Yo he trabajado mucho en ese telón —prosiguió Brian—. Ha sido lo primero que he hecho este colegio, y quería que quedara

bien. No iba a destrozar mi propia obra para gastar una broma, eso seguro.

La señorita Walker dejó caer los brazos, nos miró uno a uno y a continuación miró el telón de fondo y leyó en silencio el mensaje:

ÉSTA ES MI CASA.

NO OS ACERQUÉIS.

Luego se quedó un rato con los ojos cerrados.

—Quisiera creeros —dijo por fin con un suspiro—, pero no sé...

Comenzó a pasear de un lado a otro.

—Esta noche he vuelto al colegio porque había olvidado vuestros exámenes de matemáticas; he oído voces en la sala de actos y, al venir, os encuentro en el escenario, con el decorado totalmente manchado y destruido y la pintura todavía húmeda. Y vosotros me pedís que crea que el responsable es un misterioso fantasma de hace setenta años.

Ninguno de nosotros dijo una palabra; no teníamos nada más que decir.

—Lo más curioso es que empiezo a creeros —admitió la señorita Walker con el ceño fruncido.

Los tres soltamos un suspiro de alivio.

—Por lo menos empiezo a creer que no fuisteis vosotros los que pintasteis el telón. —Meneó la cabeza y todo su cuerpo flaco se estremeció—. Se está haciendo tarde. Vámonos a casa. Tengo que pensar en esto. Tal vez debamos pedirle al señor Levy que inicie una investigación. Quizá pueda ayudarnos a descubrir al que está intentando arruinarlos la obra.

«Oh, no —pensé—. El director no. ¿Y si decide cancelar la función?» Pero no dije nada. Los tres salimos al pasillo detrás de la señorita Walker sin abrir la boca, sin mirarnos siquiera. Era un alivio que por lo menos nos creyera; y que nos dejara marchar.

Ella encendió una de las luces del pasillo. Caminamos unos pasos y frenamos en seco. El suelo estaba manchado por una sucesión de gotas rojas.

—¡Vaya, mirad! —dijo la profesora—. Nuestro pintor ha sido muy descuidado. Nos ha dejado un rastro.

Encendió más luces y fuimos siguiendo las manchas de pintura por el pasillo. En uno de los charcos más grandes se distinguía claramente la huella de un zapato.

—¡Es increíble! —me susurró Zeke—. Alguien ha dejado un rastro.

—Me alegro —contesté—. Tal vez la pintura nos lleve hasta el culpable.

—¿Te refieres al fantasma? —preguntó Zeke.

Doblamos una esquina y pasamos junto a otra mancha de pintura.

—Por lo menos esto demuestra que estamos diciendo la verdad —dijo Brian en voz baja.

Doblamos otra esquina. El rastro rojo se detuvo de pronto. Sólo quedaba una última manchita delante de una taquilla.

—Mmmm —murmuró pensativa la señorita Walker—. El rastro conduce justo hasta aquí.

—¡Eh! —gritó Zeke, sobresaltándonos a todos. Tenía cara de pasmo—. ¡Ésta es mi taquilla!

17

Nadie dijo nada de momento. Se oía la respiración entrecortada de Zeke. Me volví hacia él. Estaba mirando su taquilla fijamente, como si pudiera ver el interior a través de la puerta metálica.

—Abre la taquilla, Zeke —ordenó la señorita Walker entre dientes.

—¿Cómo? —Zeke la miró como si no entendiera nada. Luego bajó los ojos hacia la mancha de pintura roja del suelo.

—Venga, abre la taquilla —repitió pacientemente la profesora. De pronto parecía muy cansada.

Zeke vaciló.

—Pero si no hay nada. Sólo libros, cuadernos y esas cosas.

—Por favor. —La señorita Walker tendió la mano hacia la rueda de la combinación—. Vamos, Zeke, que ya es muy tarde.

—¿No creerá usted...?

—A lo mejor alguien quiere que Zeke parezca el culpable —sugerí yo—. Puede que alguien haya dejado deliberadamente el rastro de tinta.

—Tal vez —dijo con calma la profesora—. Por eso quiero que abra la taquilla.

—Vale, vale —murmuró Zeke. Le temblaba la mano al ir a marcar la combinación. Incluyó la cabeza muy concentrado mientras giraba la rueda, primero a un lado y luego al otro.

»Necesito un poco de luz —dijo nervioso.

Yo retrocedí.

—Lo siento. No me había dado cuenta de que te hacía sombra.

Miré a Brian. Estaba apoyado contra la pared, con las manos en los bolsillos, mirando fijamente las manos de Zeke mientras giraban la rueda. Por fin la taquilla se abrió con un chasquido.

Me incliné a mirar al mismo tiempo que la señorita Walker. Casi nos damos un golpe en la cabeza. Las dos vimos a la vez el bote de pintura. Era una lata pequeña de pintura roja; no estaba demasiado bien cerrada y en varios puntos la pintura caía por los bordes.

—¡No es mía! —gimió Zeke.

La señorita Walker suspiró profundamente.

—Lo siento, Zeke.

—¡No es mía, de verdad, señorita Walker! ¡No es mía!

—Voy a tener que hablar muy seriamente con tus padres —le dijo la profesora, mordiendo el labio—. Y, por supuesto, quedas expulsado de la obra.

—¡Oh, noooo! —gimió Zeke. Cerró la taquilla con todas sus fuerzas y el golpe resonó en el pasillo desierto.

La señorita Walker dio un respingo y lo miró enfadada. Luego se volvió hacia Brian y hacia mí.

—¿Vosotros dos también habéis tomado parte en esto? ¡Decidme la verdad!

—¡No! —contestamos a la una—. No fuimos nosotros. —Hubiera querido defender a Zeke, pero ya era demasiado tarde. No había nada que decir en vista de la pintura encontrada en su taquilla.

Zeke era hombre muerto.

—Si descubro que Brian o tú habéis tenido algo que ver con esto, os expulsaré de la obra y hablaré también con vuestros padres —amenazó la señorita Walker—. Y ahora marchaos todos a casa.

Dimos media vuelta y nos fuimos sin una palabra. El aire nocturno resultaba frío en contraste con mi piel y me estremecí. La luna estaba cubierta por una cortina de bruma gris de aspecto fantasmagórico.

Bajarnos los escalones de cemento. Una ráfaga de viento me agitó el faldón de la chaqueta.

—¡Es increíble! —murmuraba Zeke furioso—. ¡Es increíble!

—Sí —le contesté, moviendo la cabeza. Pobre Zeke. Se le notaba que estaba hecho polvo. Claro que peor iba a estar cuando sus padres recibieran la llamada de la señorita Walker.

—¿Cómo llegó la pintura a tu taquilla? —le preguntó Brian mirándole a los ojos.

Zeke apartó la cara.

—¿Cómo voy a saberlo? —saltó. Le dio una patada a un envase de zumo vacío.

—Bueno, hasta mañana —se despidió Brian compungido. Nos hizo un gesto con la mano y se marchó hacia su casa.

Zeke echó a correr en dirección opuesta.

—¿No vienes a casa conmigo? —le dije.

—No —gritó, sin aminorar el paso.

En cierto modo me alegré de que se fuera, porque la verdad es que no sabía qué decirle. Me sentía fatal. Empecé a andar despacio, con la cabeza gacha, muy pensativa. De pronto vi una luz que flotaba hacia mí en la oscuridad. Cuando se hizo más grande me di cuenta de que era el faro de una bicicleta: una bicicleta salía del aparcamiento del colegio y se me acercaba despacio. Cuando estuvo a un par de metros de distancia reconocí a la ciclista.

—¡Tina! —exclamé sorprendida—. ¿Qué haces tú aquí?

Ella frenó con un chirrido y dio un brinco en el asiento. Sus ojos oscuros reflejaban la luz de una farola y sonreía de un modo extraño.

—Hola, Brooke. ¿Cómo te va? —preguntó.

¿Habría estado Tina en el colegio?, me pregunté. ¿No acababa de salir de allí?

—¿De dónde sales tú? —insistí.

Tina no borró su extraña sonrisa.

—De casa de una amiga.

—¿No estabas en el colegio?

—¿En el colegio? No, yo no. —Apoyó el peso en la otra pierna y el pie en el pedal—. Más vale que te abroches bien, Brooke, no vayas a coger un constipado.

18

Nos pasamos todo el sábado ensayando en el salón de actos. Sólo faltaba una semana para la función. Todos nos esforzamos mucho, y el ensayo fue muy bien. Yo sólo me olvidé del papel dos veces.

Pero no era lo mismo sin Zeke. Robert Hernández le había sustituido. Robert me cae bien, pero es un tipo muy serio. No entiende mis chistes y no le gusta gastar bromas ni que se las gasten a él.

Después del almuerzo, Robert y Corey Sklar estaban ensayando juntos una escena, La señorita Walker todavía no había vuelto. Yo me acerqué a Brian. Tenía en la mano un pincel cargado de pintura negra y estaba inclinado sobre el nuevo telón de fondo, dando los toques finales a los ladrillos grises.

—Ha quedado muy bien —le dije. Sentí la tentación repentina de darle una palmada en la espalda y que la pintura negra lo salpicara todo, pero pensé que no le sentaría nada bien. No sé de dónde saco estos impulsos súbitos.

—¿Qué tal? —preguntó Brian sin alzar la vista. Estaba rellenando algunos puntos de negro.

—Pues bien, más o menos —contesté. Al otro lado del escenario estaba Tina, embadurnando de cola un candelabro de cartón.

—Robert será un buen fantasma —dijo Brian, rascándose la barbilla con la punta del mango del pincel.

—Sí, pero echo de menos a Zeke.

Brian asintió con la cabeza y me miró.

—¿Sabes qué? Desde que Zeke se ha ido no ha vuelto a pasar

nada. No se ha estropeado el decorado, no se ha presentado ningún fantasma misterioso, no han aparecido mensajes en las paredes.

Nada. No ha pasado nada malo desde que la señorita Walker echó a Zeke.

La verdad es que hasta ese momento no me lo había planteado, pero Brian tenía razón. Desde que habían expulsado a Zeke de la obra, el fantasma había desaparecido por completo. Todo iba bien y yo ni siquiera me había parado a pensarlo.

¿Significaba aquello que Zeke era en realidad el fantasma, que había sido él el culpable de todas aquellas calamidades?

—A los padres de Zeke debió de darles un ataque cuando los llamó la señorita Walker —prosiguió Brian—. ¿Le han castigado?

—Claro —contesté, todavía pensando en el fantasma—. Le han castigado a perpetuidad. Y le han quitado el vídeo, lo cual significa que no podrá ver películas de miedo. ¡Y Zeke no puede vivir sin películas de miedo!

Brian soltó una risita.

—Me parece que Zeke ha visto demasiadas películas.

—¡Muy bien! —sonó una voz. La señorita Walker había vuelto de almorzar—. Vamos a empezar el segundo acto —dijo—. Lo representaremos entero.

Me despedí de Brian y fui corriendo al proscenio. Esmerelda salía en todas las escenas del segundo acto, y esta vez estaba decidida a recordar todo el papel.

Me coloqué junto a Robert y vi que la señorita Walker cogía el guión de la mesa donde lo dejaba siempre. Fue a abrirlo por el segundo acto y le cambió la cara. Gritó de furia y siguió forcejeando con las páginas.

—¡Eh! —exclamó enfadada—. ¿Quién ha sido el gracioso?

—¿Qué pasa, señorita Walker? —le preguntó Robert.

Ella levantó el guión y lo sacudió.

—¡Las paginas están todas encoladas!

Por todas partes se alzaron murmullos de sorpresa.

—¡Ya estoy harta! —gritó la profesora, estampando el guión contra la pared—. ¡Ha sido la ultima broma! ¡La función queda cancelada! ¡Todo el mundo a su casa! ¡Se acabó!

19

—¿Cambió de opinión la señorita Walker? —me preguntó Zeke.

—Sí. Al cabo de un momento se tranquilizó y dijo que la función podía seguir. Pero se pasó el día de un humor de perros.

—Por lo menos esta vez no puede echarme la culpa a mí. —Zeke lanzó una pelota de goma rosa al otro extremo del salón y Buster, su cocker spaniel negro, salió corriendo tras ella.

Brian y yo habíamos ido a casa de Zeke para contarle cómo andaban las cosas Zeke estaba castigado (probablemente para siempre) y no podía salir. Sus padres habían ido al cine y estarían varias horas fuera.

Buster tiró la pelota y se puso a ladrar a Brian. Zeke se echó a reír.

—No le caes bien, Brian. —Cogió la pelota y volvió a tirarla para que botara en la alfombra, pero Buster no le hizo ni caso y siguió ladrando.

Brian se puso colorado y tendió la mano para acariciar la cabeza del perro.

—¿Qué te pasa, amigo? No soy tan mal tipo.

Buster se apartó y fue a buscar la pelota, que había salido rodando al pasillo.

—Bueno, supongo que eso demuestra que hay algún otro bromista en clase —dijo Zeke, poniéndose serio. Se arrellanó en el sofá—. Eso demuestra que no era yo el culpable de las calamidades.

Yo fui a hacer un chiste, pero vi la expresión de Zeke y me callé a tiempo.

—Hay un fantasma y no soy yo —prosiguió mi amigo—. Y ahora todos piensan que soy un mentiroso; la señorita Walker cree que he intentado arruinar la función e incluso mis padres piensan que me he vuelto malo.

—Tú hacías de fantasma mucho mejor que Robert —le dije yo, intentando animarlo—. Queda menos de una semana para la función y Robert todavía no se sabe bien el texto. Dice que se arrepiente de haberse metido en la obra. Ya ni siquiera quiere participar.

Zeke se levantó de un salto.

—Si pudiéramos demostrar que no soy el fantasma, seguro que la señorita Walker me devolverría el papel.

—Uf, vaya —dije. Era evidente que Zeke tramaba algo, y yo sabía qué iba a decir a continuación.

—Uf, vaya —coreó Brian. Él también sabía lo que Zeke iba a proponer.

—Vamos al colegio —dijo Zeke, con los ojos encendidos de emoción—. Esta vez descubriremos al fantasma. Quiero recuperar mi papel.

Yo moví la cabeza.

—Ni hablar, Zeke... —comencé.

—Quiero demostrarles a todos que yo no intenté arruinar la función —insistió Zeke.

Brian le tiró la pelota al perro. El animal la vio pasar dando botes y no hizo ni caso.

—¿No estabas castigado?

Zeke se encogió de hombros.

—Si descubrimos al fantasma y demostramos que soy inocente, mis padres se alegrarán de que haya salido y además ya no estaré castigado. Venga, chicos. Intentémoslo una vez más, ¿vale?

Miré pensativa a Zeke. No era una buena idea. La última vez que nos habíamos metido a escondidas en la sala de actos habíamos terminado metidos en un buen lío. A Brian se le notaba en la cara que tampoco quería ir. ¿Pero cómo decirle que no a Zeke? ¡Nos lo estaba suplicando!

Aunque era una noche cálida, tenía escalofríos.

Mientras caminábamos hacia el colegio no hacía más que ver sombras cerniéndose sobre nosotros pero cada vez que me volvía desaparecían.

«Brooke, tienes demasiada imaginación», me dije. Me hubiera gustado que dejara de redoblarme el corazón como un tambor. Me hubiera gustado estar en mi casa, viendo la tele con Jeremy. Aquella aventura me daba mala espina, muy mala espina.

No perdimos tiempo probando las puertas. Entramos al colegio por la ventana del aula de hogar, como la otra vez, y luego volvimos a recorrer los pasillos oscuros hasta el salón de actos.

Al fondo del patio de butacas quedaba una hilera de luces encendidas. En el escenario, oscuro y vacío, no había mas que el telón de fondo de ladrillo gris.

Zeke echó a andar por el pasillo central. Encendimos las linternas que nos había dado y los rayos de luz barrieron las filas de asientos. Alumbré con la mía el escenario. No había nadie; no se veía nada inusual.

—Zeke, esto es una pérdida de tiempo —susurré, a pesar de que nadie podía oírnos.

Él se llevó el dedo a los labios.

—Vamos a bajar por el escotillón —dijo Zeke, con la vista fija al frente—. Y vamos a encontrarlo, Brooke. Esta vez lo encontraremos.

Nunca había visto a Zeke tan serio, tan dispuesto. Un escalofrío de miedo me recorrió la espalda, pero decidí no discutir con él.

—Esto... tal vez yo debería quedarme en el escenario mientras vosotros bajáis —sugirió Brian—. Para montar guardia.

—¿Montar guardia para qué? —preguntó Zeke, alumbrándole la cara con la linterna.

Brian tenía una expresión asustada.

—Pues... por si viniera alguien —contestó débilmente.

—Bajaremos los tres —insistió Zeke—. Si encontramos al fantasma, quiero dos testigos, Brooke y tú.

—Pero el fantasma... es un espíritu, ¿no? —dijo Brian—. ¿Cómo vamos a encontrar a un espíritu?

Zeke le miró enfadado.

—Lo encontraremos.

Brian se encogió de hombros. Era evidente que esa noche no

había forma de discutir con Zeke.

Los tablones del escenario crujieron cuando nos acercamos al escotillón. Los rayos de luz de las linternas se movían sobre el perfil de la plataforma cuadrada.

Brian y yo nos colocamos encima, muy juntos. Zeke le dio una patada fuerte a la palanca de madera y luego se puso de un brinco a nuestro lado.

Oímos el familiar chasquido y luego el traqueteo a medida que la plataforma iba bajando. Daba la sensación de que el escenario se elevaba a nuestro alrededor. Al cabo de un momento estábamos de cuatro paredes.

La luz de las linternas barría los muros a medida que bajábamos. Mi corazón también se hundía, cada vez más abajo, hasta que me llegó a las rodillas.

Los tres estábamos muy apiñados en el centro de la plataforma. Los chasquidos y el traqueteo eran cada vez más fuertes. Por fin llegamos al fondo, de golpe. Permanecemos un instante quietos.

Zeke fue el primero en salir de la plataforma. Apuntó con la linterna a nuestro alrededor. Estábamos en una cámara espaciosa y desierta que se bifurcaba.

—¡Eh, fantasma! ¡Vamos, chico! —exclamó Zeke, como si llamara a su perro—. Ven, fantasma. ¿Dónde estás? —dijo con voz cantarina.

Yo salí de la plataforma y le di un empujón.

—Calla. Pensaba que esto iba en serio. ¿Por qué te lo tomas a broma?

—Sólo intento que no os asustéis demasiado —contestó Zeke. Pero yo sabía la verdad, claro: era él quien no quería asustarse.

Me volví hacia Brian bajo la tenue luz. Parecía tener mas miedo que nosotros dos juntos.

—Aquí no hay nadie. ¿Podemos subir ya? —suplicó.

—Ni hablar —dijo Zeke—. Seguidme. Apuntad al suelo con las linternas para ver por dónde pisamos.

Brian y yo entramos detrás de Zeke en un túnel largo; avanzamos unos pasos y nos detuvimos a escuchar.

Silencio.

Me temblaban las piernas. Bueno, la verdad es que temblaba

toda yo. Pero Zeke se estaba portando como un valiente, así que no iba yo a demostrar que tenía miedo.

—Seguro que el túnel recorre todo el colegio por debajo —susurró mi amigo, moviendo la linterna hacia arriba—. Tal vez incluso llega más allá. ¡Puede que atraviere toda la manzana!

Dimos unos cuantos pasos más... y nos detuvimos en seco al oír un ruido a nuestra espalda. Era un chasquido, seguido de un fuerte traqueteo.

—¡Eh! —gritó Brian con voz chillona—. ¡La plataforma!

Los tres dimos media vuelta bruscamente y echamos a correr hacia ella. Nuestros pasos resonaban en el túnel oscuro. Cuando por fin llegamos, me dolía tanto el pecho que casi no podía respirar.

—¡Está... está subiendo! —exclamó Zeke.

Nos quedamos allí sin poder hacer nada, viendo cómo la plancha se elevaba sobre nuestras cabezas en dirección al escenario.

—¡Dale al interruptor, Brooke! —me gritó Zeke—. ¡Que vuelva a bajar!

Yo tanteé la pared hasta dar con el interruptor. Intenté moverlo pero estaba atascado. No. Lo habían bloqueado. No había forma de moverlo.

La plataforma se detuvo muy por encima de nosotros.

Nos quedamos mirando hacia arriba, en la oscuridad, y un pesado silencio cayó sobre los tres.

—Zeke, estamos atrapados aquí abajo —dije—. No hay forma de subir. Estamos atrapados.

20

Esperamos un rato por si bajaba alguien, pero la plataforma siguió parada arriba. Brian suspiró atemorizado.

—Ha sido alguien —susurró, mirando la plataforma—. Alguien ha accionado el interruptor para subirla.

—¡El fantasma! —exclamé. Me volví hacia Zeke—. ¿Y ahora qué?

Mi amigo se encogió de hombros.

—No tenemos elección. Si queremos salir de aquí tendremos que encontrar al fantasma.

Los círculos de luz de las linternas temblaban en el suelo mientras nos dirigíamos de nuevo hacia el túnel. Nadie dijo una palabra. Doblamos una esquina y luego otra. El suelo era blando y lodoso, y el aire cada vez más frío.

De pronto oí un ruido suave a lo lejos. Esperé que no fuera un murciélago.

Brian y yo tuvimos que apresurarnos para alcanzar a Zeke, que avanzaba a grandes zancadas. La luz de la linterna oscilaba delante de él.

Entonces oí como un canturreo. Tardé un rato en darme cuenta de que era Zeke. Iba tarareando una canción. «Venga ya, Zeke —pensé—. ¡Tienes que tener miedo! No me vas a engañar con tus cancioncitas. ¡Estas tan asustado como yo!»

Quise gastarle alguna broma al respecto, pero entonces el túnel terminó bruscamente y nos encontramos ante una puerta. Brian se quedó atrás, pero Zeke y yo nos acercamos a ella y la alumbramos

con las linternas.

—¿Hay alguien ahí? —preguntó Zeke con un hilillo de voz muy particular.

No hubo respuesta.

Empujé la puerta, que se abrió con un crujido. Zeke y yo enfocamos con nuestras linternas.

Era una habitación amueblada al completo. Vi una silla plegable, un sofá baqueteado al que le faltaba un cojín, y varias estanterías en una pared. Alumbré una mesita sobre la que había un cuenco y una caja de cereales. Barrí con la luz el entorno y vi una cama deshecha contra la pared del fondo.

Zeke y Brian entraron en la sala detrás de mí. Entre los tres fuimos alumbrando lentamente cada objeto, cada mueble. En una mesa baja había un tocadiscos antiguo, con una pila de discos viejos al lado.

—¡Esto es increíble! —susurró Zeke con una gran sonrisa.

—Me parece que hemos encontrado la casa del fantasma —dije yo.

Brian se acercó a la mesa y miró la caja de cereales.

—El fantasma acaba de estar aquí —anunció—. Los cereales todavía están húmedos.

—¡Es alucinante! —exclamé—. Aquí vive alguien, justo debajo de...

No pude seguir porque noté que me venía un estornudo, tal vez todo un ataque. Intenté contenerme pero no pude. Estornudé una vez, dos... cinco veces.

—¡Basta, Brooke! —suplicó Brian—. ¡Te va a oír!

—Justamente queremos encontrarlo —recordó Zeke.

Estornudé siete veces. Luego otra más, de propina, y por fin terminé.

—Lo ha oído, seguro —dijo Brian asustado, mirando a su alrededor.

En ese momento se cerró la puerta de golpe.

—¡Nooo! —Los tres dimos un brinco.

A mí se me subió el corazón a la boca y se me agarrotaron todos los músculos del cuerpo.

Nos volvimos hacia la puerta. Era evidente que alguien la había

cerrado. No había sido el viento.

Zeke fue el primero en reaccionar. Bajó la linterna y se precipitó hacia la puerta. Cogió el picaporte y empujó con fuerza. La puerta ni se movió. Luego le dio un golpe con el hombro, giro el picaporte y empujó otra vez.

Nada.

Se lanzó de nuevo contra la puerta y empujó con todas sus fuerzas. Cuando se volvió hacia nosotros, se le notaba por primera vez el miedo en la cara.

—Estamos encerrados —dijo en voz baja.

21

Me acerqué corriendo a Zeke.

—A lo mejor, si lo intentamos entre los tres... —sugerí.

—Puede —contestó él, pero se le notaba que no tenía muchas esperanzas.

Tragué saliva. Al ver a Zeke tan asustado, me entró mucho más miedo.

—Sí, vamos a empujar todos juntos —convino Brian, que también se había acercado—. Si hace falta echaremos la puerta abajo.

«¡Así se habla, Brian!», pensé. Por fin demostraba un poco de brío.

Nos pusimos detrás de la puerta, listos para empujar, Respiré hondo y contuve el aliento, intentando calmarme. Me notaba los brazos y las piernas como si fueran de chicle. La verdad es que aquello era espeluznante.

«Si no conseguimos salir de aquí, tal vez nos quedemos atrapados el resto de nuestras vidas —pensé—. Estamos a miles de kilómetros del resto del mundo. Todos nos buscarán por la superficie y jamás nos encontrarán. Por más que gritemos y gritemos a pleno pulmón, no hay forma de que nos oigan aquí abajo. Nos quedaremos atrapados para siempre.»

Respiré hondo otra vez.

—Muy bien, a la de tres —dije—. Todos a una.

Zeke comenzó a contar:

—A la una... a las dos...

—¡Eh! ¡Un momento! —le interrumpí—. Escuchad: para entrar aquí empujamos la puerta, ¿no?

—Pues... sí —contestó Zeke mirándome fijamente.

—Así que no se abrirá hacia fuera, sino hacia dentro.

—¡Oye! ¡Es verdad! —exclamó Zeke.

Cogí el picaporte, lo giré y tiré con todas mis fuerzas. La puerta se abrió con facilidad.

Y allí, en el umbral, había un hombre.

Le enfoqué la cara con la linterna y lo reconocí al instante. Era Emile, el hombre de pelo blanco que había dicho ser el conserje de noche. Nos estaba bloqueando el paso y nos miraba con una expresión ceñuda y amenazadora en la cara marcada.

22

—¡Déjenos marchar! —chillé.

El no se movió. Nos miraba uno a uno con sus extraños ojos grises.

—¡Tiene que dejarnos salir de aquí! —insistí yo. Luego añadí débilmente—: Por favor.

El hombre no se apartó de la puerta. Parecía cada vez más furioso. La luz de la linterna le marcaba todavía más la larga cicatriz de la mejilla.

—¿Qué hacéis aquí? —preguntó con un susurro ronco—. ¿Qué hacéis en mi casa?

—¡Así que usted es el fantasma! —exclamé.

El me miró sorprendido, entrecerrando los ojos.

—¿El fantasma? —De pronto parecía pensativo—. Bueno, supongo que así puede decirse.

Brian gritó.

—Esta es mi casa —dijo el hombre, enfadado—. ¿Qué hacéis aquí? ¿Por qué no habéis hecho caso de mis advertencias?

—¿Sus advertencias? —pregunté. Temblaba tanto que la luz de mi linterna bailaba por toda la pared.

—He hecho todo lo posible por alejaros de aquí —dijo el fantasma—, para que no os acercarais a mi casa.

—¿Así que fue usted quien pintó el telón y quien bajó colgado de la tramoya? ¿Fue usted quien metió la máscara en mi taquilla con la nota? —pregunté atónita.

El fantasma asintió.

—Intenté advertiros. No quería hacer daño a nadie, pero tenía que proteger mi casa.

—De modo que intentó usted que cancelaran la función —dijo Zeke, acercándose mucho a mi—. Usted intentó arruinar nuestra obra para que no utilizáramos el escotillón y lo descubriéramos aquí abajo.

El fantasma asintió de nuevo con la cabeza.

—¿Y qué pasó hace setenta y dos años? —pregunté—. ¿Qué le pasó la primera vez que fue a representarse la obra? ¿Por qué desapareció usted esa noche?

El fantasma cambió de expresión. Se le notaba el desconcierto en los ojos plateados.

—No-no entiendo —balbuceó, mirándome fijamente con el pelo cano sobre la frente.

—Hace setenta y dos años —insistí.

Una sonrisa amarga asomó a sus labios.

—Oye, que no soy tan viejo —dijo—. Sólo tengo cincuenta y siete años.

—Entonces... ¿no es usted el fantasma? —preguntó Zeke inseguro.

Emile meneó la cabeza y suspiró débilmente.

—No sé nada de este asunto del fantasma, jovencito. No soy más que un pobre vagabundo que intenta proteger su casa.

Los tres nos lo quedamos mirando, procurando determinar si decía la verdad. Al final decidí que no mentía.

—¿Ha estado usted viviendo aquí, debajo del colegio? —le pregunté con suavidad—. ¿Cómo conocía usted la existencia de esta habitación?

—Mi padre trabajó en el colegio durante treinta años —contestó Emile—. Me traía aquí de pequeño. Cuando perdí mi casa en la ciudad, recordé esta habitación. Desde entonces vivo aquí; ya hace casi seis meses.

Sus ojos llamearon de nuevo de rabia. Emile frunció el ceño y se apartó el pelo de la frente.

—Pero vosotros lo habéis estropeado todo —dijo cortante—. Me lo habéis estropeado todo.

De pronto se precipitó hacia el interior de la habitación y se

acercó a nosotros con expresión amenazadora. Yo retrocedí a trompicones.

—¿Qué-qué nos va a hacer? —grité.

23

—Lo habéis estropeado todo. Todo —repitió Emile, siempre acercándose a nosotros.

—Oiga, un momento —exclamé, levantando las manos para protegerme.

Entonces oí un ruido, una especie de chasquido procedente del túnel. Me volví hacia Zeke y Brian. Ellos también lo habían notado. ¡Era la plataforma! Estaba bajando. Se oía al otro extremo del túnel.

Yo creo que a los tres se nos ocurrió la misma idea a la vez. Teníamos que llegar a ella. Era nuestra única oportunidad de escapar.

—Lo habéis estropeado todo —repitió Emile, que de pronto parecía más triste que enfadado—. ¿Por qué no hicisteis caso de mis advertencias?

Sin decirnos ni una palabra, Zeke, Brian y yo nos lanzamos hacia la puerta.

—¡Ah! —Había tropezado con Emile, pero para mi sorpresa, él no hizo ademán de atraparme ni intentó detenerme.

Salí la primera por la puerta, corriendo a toda velocidad. Todavía tenía las piernas como si fueran de chicle, pero me esforzaba por moverlas, un paso detrás de otro. No miré atrás, pero oía que Zeke y Brian me pisaban los talones. Luego la voz de Emile resonó en el túnel:

—Lo habéis estropeado todo. ¡Todo!

¿Nos estaba persiguiendo? La verdad es que no me importaba. Sólo quería llegar a la plataforma y salir de allí.

Corría a ciegas por el túnel oscuro y sinuoso. Se me hundían los pies en el suelo blando de tierra y me arañaba los hombros contra la pared, pero no aminoré la velocidad.

La luz de la linterna se agitaba a mis pies. La subí de modo que se viera la plataforma. Me dolía el costado de tanto correr y apenas podía respirar.

—¿Eh? ¿Pero qué estáis haciendo aquí? —preguntó una voz masculina.

¡El padre de Zeke!

Zeke, Brian y yo subimos a trompicones el la plataforma y nos apretamos a él.

—¿Qué pasa aquí? —preguntó el señor Mathews—. ¿De quién es esa voz?

—¡Arriba! —conseguí exclamar—. Llévenos arriba.

Zeke tendió la mano y activó el interruptor.

Esta vez funcionó. La plataforma dio una sacudida y comenzó a elevarse. Miré el túnel. ¿Nos habría seguido Emile? No, no había ni rastro de él.

«Qué raro —pensé—. Qué raro que no nos persiga.»

—He oído la voz de un hombre —dijo el señor Matthews—. ¿Quién era?

—Un vagabundo que vive debajo del escenario —contesté. Luego le expliqué lo que había pasado y cómo Emile llevaba varias semanas intentando asustarnos.

—¿Cómo sabías que estábamos aquí abajo? —le preguntó Zeke.

—Tenías que estar en casa —le reprendió su padre seriamente—. Estabas castigado. Todavía lo estás. Pero, en fin, al ver que no estabas en casa, pensé que estarías otra vez fisgando por la sala de actos. La puerta lateral del colegio estaba abierta.

Cuando entré en la sala oí el escotillón y decidí bajar a ver qué pasaba.

—¡Cómo me alegro! —exclamé. Tenía ganas de darle un abrazo.

En cuanto la plataforma se detuvo, salimos al escenario. El padre de Zeke se apresuró a llamar a la policía para decir que había un vagabundo viviendo debajo del colegio.

La policía no tardó en llegar. Bajaron por el escotillón y nosotros nos quedamos esperando a que trajeran a Emile. Pero al cabo de un

rato volvieron sin él.

—Ahí no hay nadie —dijo un oficial. Se quitó el casco y se rascó el pelo negro y ondulado—. Ni hay señales de que hubiera nadie. Sólo una cama y algunos muebles viejos.

—¿Y la comida, y sus libros? —pregunté.

—Han desaparecido —contestó el policía—. Supongo que el hombre ha huido a toda velocidad. La puerta del sótano seguía abierta.

Cuando se marchó la policía, Brian se despidió y se fue también. El padre de Zeke se ofreció a llevarme a casa.

—Bueno, así que ése era tu fantasma —le dije a mi amigo, con cierta tristeza—. Un pobre vagabundo y no un espíritu de setenta y dos años que tenía encantado el colegio desde que se construyó.

Ya ves, un pobre vagabundo.

—Sí, qué decepción —repuso Zeke con el ceño fruncido—. Yo quería encontrar un fantasma auténtico. —De pronto se le animó el semblante—. Pero por lo menos ahora la señorita Walker me creerá, y me devolverá mi papel en la obra.

¡La obra! Casi se me había olvidado. «Sí, Zeke tiene razón —pensé contentísima—. Ahora recuperará su papel y todo irá bien. Se acabó el fantasma. Ahora podemos relajarnos todos y disfrutar. Haremos una gran función.»

¡Madre mía! ¡Qué equivocada estaba!

24

La noche de la función estaba yo en el vestuario de chicas, embadurnándome la cara de maquillaje; jamás había llevado tanto, y me parece que no lo hacía muy bien. La verdad es que no me gustaba nada ponerme encima toda aquella porquería, pero la señorita Walker nos había dicho que era necesario, que hasta los chicos tenían que maquillarse, porque así la cara no brilla tanto en el escenario con el resplandor de los focos.

El vestuario era un auténtico caos. Todas forcejeábamos con los disfraces y el maquillaje. Lisa Rego y Gia Bentley, dos chicas de quinto que ni siquiera tenían un papel importante en la obra, habían acaparado el espejo de cuerpo entero y no hacían más que mirarse entre risitas.

Para cuando conseguí salir de allí, el regidor estaba gritando:

—A vuestros puestos. Todos a sus puestos.

Me dio un vuelco el estómago. «Cálmate, Brooke —me dije—. Se trata de pasárselo bien, ¿no?»

Salí del vestuario, atravesé el pasillo, entré en el salón de actos por la puerta del escenario y me coloqué en mi lugar. Alguien me dio un golpecito en el hombro y yo pegué un brinco de aúpa. ¡Estaba hecha un manojo de nervios! Me di la vuelta bruscamente y me encontré de narices con el fantasma.

Sabía que era Zeke disfrazado, pero el susto me lo llevé igual.

—¡Zeke! ¡Es increíble! ¡Pareces de verdad! —le dije. Mi amigo no contestó. Se inclinó por la cintura en una reverencia muy formal, y se apresuró a ocupar su puesto.

El telón estaba bajado, pero se oía el rumor de voces del público. Me asomé a echar un vistazo.

¡Mi madre! Estaba llenísimo. Al verlo, se me puso otra vez el estómago del revés.

En ese momento empezaron a bajar las luces y el público guardó silencio al instante. Se encendieron los focos del escenario y comenzó a sonar la música.

«Vamos allá, Brooke —me convencí—. ¡A por ellos!»

Hasta el final del primer acto no pasó nada raro. Todos lo estábamos haciendo la mar de bien.

Cuando se levantó el telón y después de los aplausos del público, Corey y yo salimos a escena. Y a mí se me olvidó por completo el miedo.

—Ten cuidado, hija —me advirtió Corey, que hacía de mi padre—. Debajo de este teatro vive una criatura, un fantasma horrible lleno de cicatrices.

—No te creo, padre —repuso Esmerelda, o sea, yo—. Tú sólo quieres dominarme, tratarme siempre como si fuera una niña.

El público parecía pasárselo de miedo. Todos se reían cuando había que reírse y aplaudieron varias veces. «¡Es genial!», pensé. Estaba de lo más emocionada, pero no nerviosa. Me lo estaba pasando en grande.

A punto de concluir el primer acto, llegó el momento del plato fuerte. Una niebla de hielo seco reptó lentamente por el escenario, iluminada por luces azules que le daban un aspecto irreal, fantasmagórico. Entonces oí el chasquido de la trampilla. Sabía que Zeke estaba subiendo disfrazado de fantasma. Al cabo de unos momentos, el fantasma haría su gran entrada, surgiendo de la bruma azul.

«Al público le encantará», pensé, observando la niebla cada vez más densa bajo mi vestido largo amarillo.

—Fantasma, ¿eres tú? —pregunté—. ¿Vienes a verme?

La máscara azul y verde del fantasma apareció en la niebla. Luego surgieron los hombros bajo la capa negra. El público contuvo el aliento, y luego estalló en aplausos cuando se vio del todo al

fantasma, con la capa negra ondeando a su espalda.

Entonces se acercó a mí con paso lento y majestuoso.

—¡Oh, fantasma! ¡Juntos al fin! —exclamé con toda la emoción de que fui capaz—. ¡Hace tanto tiempo que sueño con este momento!

Cogí su mano enguantada y lo llevé a través de los remolinos de niebla azul hasta el proscenio. Un foco blanco cayó sobre los dos. Yo me volví hacia él y le miré a los ojos.

¡Y en ese mismo instante me di cuenta de que no era Zeke!

25

Iba a gritar cuando él me apretó la mano y clavó en mí la mirada. Parecía suplicarme con los ojos, parecía rogarme que no dijera nada, que no le traicionara.

«¿Quién es? —me pregunté, petrificada bajo la luz intensa del foco—. ¿Por qué me resulta familiar?»

Me volví hacia el público. Todos estaban en silencio, esperando a que yo hablara. Respiré hondo y proseguí con el texto de Esmerelda.

—Fantasma, ¿por qué acechas este teatro? Cuéntame tu historia, por favor. No tendré miedo.

El fantasma hizo ondear la capa a su espalda sin apartar sus ojos de los míos. Todavía me apretaba la mano, como si intentara evitar que yo escapara.

—He vivido bajo este teatro durante mas de setenta años —declaró—. La mía es una historia triste, trágica incluso, se podría decir, mi bella Esmerelda.

—¡Sigue, por favor! —exclamé.

«¿Quién es? —me preguntaba—. ¿Quién es?»

—Yo fui elegido para protagonizar una obra —contó el fantasma—. Una obra que se representaría en este mismo teatro. ¡Iba a ser la gran noche de mi vida!

Hizo una pausa para tomar aliento. A mí me dio un vuelco el corazón. «No está recitando el texto del guión —pensé—. Esto no es el texto.»

—¡Pero mi gran noche no llegaría nunca! —prosiguió el

fantasma, sin soltarme la mano—. No, mi querida Esmerelda. Una hora antes de que comenzara la obra, caí. ¡Me precipité hacia mi muerte!

Me quedé sin aliento. ¡Estaba señalando el escotillón! Ahora me daba cuenta de quién era. Era el chico que había desaparecido. El chico que, hacía setenta y dos años, iba a representar el papel del fantasma. El chico al que nunca habían encontrado.

Allí estaba, junto a mí, en el mismo escenario. Nos estaba contando cómo había desaparecido y por qué la obra no llegó nunca a representarse.

—¡Allí! —exclamó, señalando la abertura del suelo del escenario—. Allí fue donde caí. Allí. Me precipité hacia mi muerte. Me convertí en un auténtico fantasma y he estado esperando ahí abajo desde entonces; esperando, esperando. Esperando una noche como la de hoy, para poder por fin representar mi gran papel.

Cuando terminó su discurso, el público estalló en vítores y aplausos.

«Se creen que forma parte de la obra —pensé—. No saben que lo que ha dicho es la pura y dolorosa verdad. No saben que está contando una historia verídica.»

El fantasma hizo una reverencia y los aplausos subieron de tono. La niebla nos envolvía a los dos.

«¿Quién es? ¿Quién?» La pregunta se repetía en mi mente; tenía que averiguar la respuesta; tenía que saber quién era el fantasma.

Cuando se incorporó después de hacer la reverencia, me solté la mano, la tendí... ¡Y le arranqué la máscara!

26

Parpadeé entre la densa niebla azul, desesperada por verle la cara, pero el foco me cegó un instante. En ese momento el fantasma se tapó la cara con las manos. Intenté apartárselas.

—¡No! —gritó—. ¡No! —Retrocedió a trompicones, tropezó y perdió el equilibrio—. ¡No! ¡No!

Luego cayó hacia atrás por la trampilla y se desvaneció entre los remolinos de bruma azul. Yo oí su grito durante toda la caída.

Se hizo el silencio; un silencio pesado y espantoso. El público se puso en pie y estalló en vítores y aplausos. Todos pensaban que aquello formaba parte de la obra, pero yo sabía que el fantasma había aparecido por fin en escena después de setenta y dos años; que por fin había tenido su momento de gloria. Y que había muerto otra vez.

Cuando cayó el telón, apagando los excitados murmullos de la audiencia, yo me quedé junto al agujero del suelo, con las manos en la cara. No podía hablar, no podía moverme; sólo podía mirar fijamente el hueco y verla negrura. Entonces alcé la mirada y vi que Zeke venía corriendo por el escenario, vestido con tejanos y una camiseta blanca.

Se precipitó hacia mí con expresión perpleja.

—¡Zeke! —exclamé.

—¡Uf! Creo que alguien me ha dado un golpe —gimió, frotándose la nuca—. Estaba desmayado. —Me miró a los ojos—. Brooke, ¿estás bien? ¿Has...?

—¡El fantasma! —exclamé—. El fantasma representó tu papel,

Zeke. ¡Está ahí abajo! —Señalé la trampilla—. ¡Tenemos que encontrarlo!

Accioné la palanca y la trampilla chasqueó y crujió. Cuando la plataforma llegó a la superficie, Zeke y yo subimos a ella y bajamos hasta la oscura cámara subterránea.

Buscamos por todos los rincones, pero no lo encontramos. No encontramos la máscara, ni el disfraz, ni nada. De todas formas yo sabía que no lo encontraríamos, sabía que no volveríamos a verlo.

—¡Muy bien, chicos! ¡Lo habéis hecho muy bien! —nos felicitó la señorita Walker cuando salimos en tropel—. ¡Fantasma, me ha gustado mucho el texto que has añadido! ¡Buen trabajo! ¡Os veré a todos en la fiesta!

Zeke y yo quisimos ir corriendo al vestuario a cambiarnos, pero la gente se nos echaba encima para felicitarnos y decirnos lo buenos que éramos.

¡La obra había sido todo un éxito!

Entonces me puse a buscar a Brian. Quería contarle lo del fantasma. Pero no le vi entre la agitada multitud de padres y amigos.

—¡Venga, vámonos de aquí! —exclamó Zeke.

Me cogió de la mano y me sacó del salón de actos.

—¡Madre mía! ¡Menudo exitazo! —exclamé yo.

Me sentía agotada, exhausta, mareada y delirante, todo al mismo tiempo.

—Vamos a por los abrigo y nos cambiaremos en casa —sugirió Zeke—. Por el camino iremos pensando quién interpretó mi papel. Luego nos reuniremos en mi casa para arreglarnos para la fiesta.

—Vale. Pero tenemos que darnos prisa. Mis padres me están esperando para decirme que soy una actriz fabulosa.

El sonido de las risas y las animadas charlas nos fue siguiendo mientras íbamos a las taquillas.

—¡Oye! —Me detuve delante de la mía—. ¡Mira, Zeke! La puerta está abierta, y yo la había dejado cerrada.

—Qué raro —murmuró Zeke.

Cuando abrí del todo la taquilla, un libro cayó al suelo. Me agaché a recogerlo. Era un libro viejo, de cubierta marrón, gastada

y polvorienta. Le di la vuelta y entorné los ojos, intentando leer el título a la luz tenue del corredor.

—Es un anuario viejísimo —le dije a Zeke—. Mira. Es del colegio de Woods Mill, pero de los años veinte.

—¿Eh? ¿Y cómo ha ido a parar a tu taquilla?

En ese momento vi un papel doblado en su interior. Era un punto para señalar una página. Cogí el libro con ambas manos y lo abrí por la página marcada.

—¡Mi madre! ¡No me lo puedo creer! —exclamó Zeke. Era un artículo sobre la obra que acababamos de representar. «*El fantasma* se representará en primavera», rezaba el titular.

—Debieron de escribirlo a principios del año escolar —dije—. Ya conocemos toda la historia y se sabe que la obra nunca se estrenó.

—Pon el libro a la luz —me indicó Zeke—. Vamos a mirar las fotos.

Alcé el libro y nos pusimos a mirar las pequeñas fotografías que cubrían las dos páginas.

Entonces lo vimos. Una foto borrosa, en blanco y negro, del chico que iba a representar el papel principal, el chico que iba a interpretar al fantasma.

El chico que había desaparecido.

Era Brian.



R. L. STINE. Nadie diría que este pacífico ciudadano que vive en Nueva York pudiera dar tanto miedo a tanta gente. Y, al mismo tiempo, que sus escalofriantes historias resulten ser tan fascinantes.

R. L. Stine ha logrado que ocho de los diez libros para jóvenes más leídos en Estados Unidos den muchas pesadillas y miles de lectores le cuenten las suyas.

Cuando no escribe relatos de terror, trabaja como jefe de redacción de un programa infantil de televisión.